ALABANZAS

"Laudes Domino"

Tα.ω.

pro PAX et BONUM
"servum satelles"
Rodolfo Daluisio

I

Te alabo Señor:

Ama el cielo tu voz y la nube derrama la lluvia
con su saber sin mengua. A Ti te alaba.

Hasta la carne criaturada
sigue el tránsito de la materia,
por el servicio obediente de los sentidos.

Ella se aquieta, hasta ser polvo,
que vuelve a la tierra inmensa.

Si todo, a Ti, te alaba:
¿porqué se inquieta el alma,
y niega de sí misma su pertenencia al cielo?

Hasta la carne, ciega y muda,
pide de sí, cumplir la voz del Creador,
inevitada, en la oscuridad carnal.

¿Porqué el alma,
que abunda del llamado de Dios,
no deja sincerar su alabanza?;
de su antiguo error hace costumbre
y de la mala fe, su padecer.

Señor, lo creado te alaba:
y en tu amor, ama el árbol tu voz,
se adueña de la rectilínea sabiduría
hacia la luz de la altura.

Te ama la santidad de la sangre.
Recibe en pureza el alimento
y no le inflige malicia.

¿Porqué resiste el alma el bien de tu alabanza?

¡Oh!, ingratitud, que escondes la bendición!
Tan paciente el felino o el ganado,
cuando ha de gestar o procrear;
amando el dictamen del Creador,
incitando a la carne el día señalado.

Jubiloso el pájaro, en la aurora,
recibe al día iluminado, y fiel en su quietud,
sigue amando desde la oscuridad nocturna.

Señor:
si toda alabanza llega a Ti,
el alma no rechace al bien probado en la pena.
Porque el vivir le pide una alabanza,
y en la alabanza
reencuentra la voz del Creador.
Él visita al corazón agostado de ausencia.

El cielo te alaba, Señor, en su altura superna.

La hierba te alcanza en su ascendente anhelo;
y la bestia proclama en su grito
el llamado al bien infalible de tu santa potencia.

El alma humana no puede más que alabarte,
conviviendo el don de tu Palabra eterna.

II

Señor:

Haz que te alabe al oír hablar de Ti,
y obedezca a la sinceridad sencilla
de saber oír, cuando
se dice tu palabra en mí.

El hablar que reniega de Ti,
avergüenza al alma y no desdice su error.

Si una vergüenza maliciosa
teme hablar de Ti, se inhibe,
o se mata al buen sentimiento.

La mala fe
supone que, el silencio del hermano admite al mal.
Inhibir la alabanza hunde en un miedo injusto,
esconde en una soberbia el bien que Tú has dado.

Señor:
socórrenos:
cuando el temor insano nos aleja de tu gracia
y nos hace extraños a tu palabra.

Cuando, al oír tu santo Nombre, la mala fe
nos ponga distancia entre Ti y el alma.

Señor:
ayúdanos a vencer la vergüenza mentida,
y a la presunción falseada,
que explica lo humano negando a Dios.

Asístenos, para ver en el hermano
el signo de tu Espíritu
y entendamos, que la ciencia humana germina en la fe.

Consuela al alma que sufre por rechazar tu palabra
y se atemoriza de tu infinitud.

Llévanos por tus sendas iluminadas.
Y al oír tu palabra, sepamos oír con sinceridad sencilla,
para mejor fructificar en la misión de servirte.

III

Señor:
Danos la luz de tu misericordia
y la alabanza se elevará hasta Ti;
y en tu brazo fuerte la criatura será invencida.

Cuanto creaste, como amoroso Hacedor,
está siempre ante Ti.
¿Quién puede esconderse de tu mirada eterna?
¿Quién puede escapar de verse ante Ti,
en su hora de malicia?

Si todo lo tuyo está ante Ti,
Tú ves al justo y al malvado,
al prudente y al desquiciado, al sabio y al necio.

Por más que asedie el mal
y el alma se aleje de Ti, ella sabe, que aún,
en el más oculto resquicio, hay algo de Ti.

Señor:
¿acaso la desolación de la pena humana
está en que Tú no mires a tu criatura,
aún estando ella siempre ante Ti?

¡Qué ruina alcanzaría el alma
si en la mirada de tu presencia, Tú la rechazas!

Si Tú nos rechazas, ¿adónde iremos?
¿a quién acudiremos?

Pero "un corazón quebrantado y humillado
Tú no lo desprecias".

Bendito el corazón, que el Señor ha quebrado.

Bendito el corazón, que, hundido en la humillación
pueda ver al bien único, al bien deseado,
al bien inconseguido de saber
que Dios no lo desprecia.

Señor:
bendita sea la cruz de Cristo,
ella, es signo de quebranto y humillación.

Si la condena es tener tu desprecio,
la salvación te pide,
no ya tu aprecio que solo es Cristo,
sino que: "no nos desprecies".

Te pide ello la alabanza que llega a Ti;
y por tu brazo fuerte,
ser la invencida criatura de tu amor.

IV

Señor:

Te alabo,
en la constancia del pobre,
que pide tu auxilio en sus horas de labor.

Te alabo,
en el hombre que ora.
Permanece atento a Ti y en su alma,
contempla lo eterno.

Te alabo,
en el hombre arrodillado
ante el misterio perenne de la Providencia,
quien, tocando el suelo,
se eleva en su oración más allá de su altura,
por la senda invicta de la castidad.

Te alabo,
en la criatura quien lejos de Ti,
perdida en el secreto de la fe,
transita
las quebradas oscuras de la ignominia,
cruzando la intriga de la lucha igualada,
en su secreto combatiente,
a Tu secreto combatido.

Te alabo,

en la rectitud de la oración
que palpita hacia ti, y esa búsqueda, de Dios,
expone al alma
al desacierto de mundo,
al entorpecimiento de mundo,
a la dificultad desamparada de mundo,
al desconcierto de mundo.

Mas Tú, Señor,
te haces encontradizo,
promueves en el alma sus fuerzas ahogadas,
que ansían salir hacia Ti.

Suscitas en el alma,
el deseo que te busca con todas sus fuerzas,
todo su corazón, y toda ella se vierta a Ti,
en ese desearte sin término,
así ello provoque un término,
así ello provoque un desacierto
en los términos de este mundo.

Te alabo Señor,
en el tropiezo de mundo de la criatura,
que advirtiendo tu presencia te busca y te desea.

V

Señor:
Te alabo
en la penumbra del alma ensordecida,
que clama en la insumisión encerrada;
y vertida a la entrega del mundo,
agrega con ello, una ceguera penosa y grave.

El alma en sombras, sumergida en la infición confusa
de la intriga de mundo,
lamenta un abandono y sufre el desacierto.

Si la falsía ensombrece más al alma,
es mayor el deseo
de la luz esperanzada que quisiera obtener.

Señor,
Tú eres el único bueno, y no abandonas a tu criatura
clamando en su interior por una luz que la guíe,
por encima de tanta malicia por sobre tanta iniquidad.

Señor, te alabo,
por el socorro secreto de tu gracia,
que sostiene a la vida
en el alma oscura del encierro sumiso.

Te alabo,
en la sometida penumbra del alma,
que sobrepone una fortaleza,
cortesía de Ti Señor, abrazando al pulso de la cruz
la lealtad del padecer.

Te alabo Señor
por la desesperanza de mundo del alma,
que infringe un abandono deseoso de salvarse en Ti.

Te alabo Señor,
porque cuando capea la falsía
hace más intensa la sombra hundida del alma
por la caridad mentida
de muchos fines de este mundo, por la caridad
de los muchos intereses de este mundo,
por la caridad de las muchas caras;
allí, tu santa caridad de cielo,
limpia de mundo al alma,
y la lleva hasta la castidad purísima de la pobreza.
Y cuando parece más lejano tu amor
es cuando está más presto a asistir.

La caridad de cielo resucita en el alma,
aquel anhelo que llama a su Señor.

Te alabo Señor,
porque das tu salvación, aún,
en la sombra agónica del alma.

VI

Señor:
Te alabo en tu santa muerte.
Eterno tesoro de amor tu muerte sagrada de cruz.

Si pueda ser un despropósito de tu omnipresencia,
el que hayas penetrado a la muerte,
en tu imposible, te entregas a la cruz
por tu infinita misericordia.

¡Qué gloria atesora el hombre!
Allí puede medir el valor
que el Creador asigna a su criatura:
el mismo Hijo–Dios sujeto a la muerte
como suprema operación divina.

Si el hombre es parte de esta muerte
es parte, también, del amor divino.

Te alabo Señor:
repones a tu criatura en la muerte de Cristo.
Te alabo Señor:
por la santa mortificación de tu criatura,
unida a Cristo, pues, obtiene la gracia de Cristo.

Unida a Cristo llega a dar su vida,
y así, pagar su deuda de justicia en la muerte de Cristo.

Te alabo Señor:
por la perfecta mortificación
que, en la cruz amorosa de Cristo,
cada día se alimenta el deseo de ver a Dios,
y se acrecienta el mérito eficaz de la salvación.

Te alabo Señor:
por la castidad sencilla de la mortificación que purifica,
y en su virtud, enlaza el goce revelado de tu cruz
al goce de saber perfecta la intención del alma.

La solead del alma
acompaña a la soledad del crucificado.

En la caridad de la mortificación
se ama el goce de la adoración del Solo, en cruz,
nunca solo en amor.
Y el alma goza el goce de los bienaventurados.

Te alabo Señor:
la mortificación iluminada de la cruz
regala el don del fervor eterno.

VII

Señor:
Te alabo por la incertidumbre que, ingenua,
encierra al día por venir
en la pobreza de tu criatura.

En el no saber del tiempo incauto,
Tú, agregas la necesidad, y esperando al tiempo,
tu criatura espera en Ti,
en la asistencia infalible de tu Providencia.

El alma se despoja, así, de suficiencia
porque: ¿quién provee
la visión del tiempo criatural
sino tu sola presencia, omnividente:
El no ver el día de mañana, sino en Ti?

Firme va el alma
buscando el secreto de este enigma,
cuando Tú impones la virtud de un sacrificio.
Porque en tu gracia, segura es la cruz para el mañana.

Te alabo Señor
por la pureza de tu penitencia
esperando al tiempo venidero.
Tú pides devoción a la criatura, y solo Tú,
añades la esperanza del tiempo que espera.

Alabo en Ti Señor,
al desconcierto penitente
que, por el día venidero, siente el alma.
Ella aguarda un bien presentido.

A ese no saber del tiempo,
el alma entrega todo lo suyo
y en ello, la asiste una pobreza amorosa.
El pobre abunda en espacios de esperanza.

Señor:
a la criatura que espera al tiempo sacrificado,
le nace un misterio de pobreza en el corazón,
pues todo lo propio, que lleva consigo,
espera ponerlo en una estima superior a la propia.

De Ti es la ingenuidad incierta
que no ve el día de mañana,
sino en la visión del tiempo escondido,
que promete llegar hasta la mortificación del alma.

Te alabo en Cristo, Señor,
esperando al tiempo ingenioso
de la revelación de su venida.

VIII

Señor, Te alabo,
porque en la penuria pordiosera
de la vida, donde el deshonor apremia,
donde aprieta la vergüenza, hay siempre una lástima.

Hay un corazón,
que sufre la espina cruel de la deslealtad;
y en la desdicha, rompe su llanto interior
de compasión y lástima.

Porque el alma leal se hiere,
por el amor vencido en deshonor;
y la vergüenza estrecha su aprieto.
El corazón espera del amor sincero una lealtad.

Tú no evitas Señor,
la lástima hiriente del deshonor.
En todo deshonor hay una pena.
Y el dolor de convivirlo promueve una valentía,
que sobrepone su fuerza a la herida.

Te alabo Señor:
tu gracia hace bienaventurado
a quien padece por su sed de justicia.

La cruz asiste a la valentía invencida del alma;
en su fortaleza leal sufre por nuestro deshonor.
La alabanza, Señor, permanece junto a la herida,
que abraza a la cruz de Cristo
y ama, junto al amor de Dios.

IX

Señor:
Te alabo
por la soledad del Ángel, que viene en busca
de la soledad del alma, preparada por Ti
como oro en el crisol, o mosto en el trapiche.

Te alabo
por la beatitud del alma, en la secreta soledad,
acompañándose a sí misma, para servir
desde el fervor íntimo de esa castidad.

Viene el Ángel a esta pureza,
tan defendida por tus fieles.
Y el supremo bien pone en evidencia revelada,
y ante los ojos del alma,
la virtud de la bendita soledad.
Su fuerza acompaña al signo eterno de tu criatura.
Bendita cruz, que ama
al Ángel de la soledad perpetua del alma.
Aquella alma, que transita
los enigmas disipados del reino caído,
mientras contempla
el misterio alabado de la santificación.

Tal, el enigma
de los designios tortuosos del mundo,
que en nada tocan
la beatitud de la soledad del alma fiel.
Desde la ruina lastimera de los anhelos
nada es duradero,
solo la soledad pone un bien de pobreza
al cielo de la criatura.

Te alabo Señor;
en la buena soledad, el alma gusta
los arcanos albores de tu infinitud.

Bendito el Ángel que viene a valorar
la prueba santa del fuego purificador,
para obtener el oro de la vida eterna.
El fuego de la sangre perpetua,que, como el vino santo,
ha sido machacado en el trapiche de tu signo celeste.

X

Señor:
Te alabo
por el signo humillado,
que impones al alma que te sirve.
Si ha nacido en la señalación desdorosa,
tiene un padecer, y en él,
una constancia que no se puede quitar.

Te alabo,
porque antes de nacer
pones la llave de salvación en tu criatura.
Antes de nacer le das
el don perdurable e inalienable
de la humillación.
El camino de la cruz conduce así,
hasta la humildad final en presencia divina.

Si cuanto es desdoro para el mundo,
tiene el signo de servirte
desde el don seguro de la humillación,
La criatura te alaba Señor,
pues está conviviendo la paz de cielo.
Esa paz que Tú das, mas no como la da el mundo.
Y el pacífico lucha en su interior,
porque contradice al mundo que lo humilla.

El alma que reserva su secreto signado,
se compenetra en continua oración,
que clama hacia Ti
desde el ardor de su signo de mundo.
Preciosa es la mortificación
que nos iguala al Hijo de Dios en cruz.

La misericordia divina acompaña para siempre
al corazón, que, sin querer, se ve sumido en la gracia
por la innata y bendita humillación.

XI

Señor:
Te alabo
en tu signo providente,
ninguna de tus criatura escapa de tu mano;
y nada existe en este mundo,
que pueda ser arrebatado de tu divino sostén.

En tu mano, la santa rectitud dispone;
y el camino directo de la perfecta caridad
conduce al Reino del Cristo,
en la inefable altura de la cruz amorosa.

¿Quién puede salirse de la guía de cielo de tu mano?,
y aún queriendo apartarse,
¿cómo no podrá, siempre, retornar?

Te alabo señor,
el signo ingrato de la vida del mundo,
nuestra miseranda tristeza, reclama una mortificación,
que la reponga en la cruz de la remisión del pecado.

Señor, la ingratitud,
despoja de la visión perfecta de tu signo;
y admite, en mala fe, el desviarse de Tu camino.
Pero tu santa sabiduría
consuela con su esperanza de cielo.
aún, la criatura sabe
que nada puede arrebatarla de tu mano.
Y aunque apartada, en la lejanía,
siempre es esperada
en el amor inefable de tu Santo Espíritu.
Hasta en el más remoto apartamiento
no está fuera de tu mano sustentadora.

Ni quien, por su camino de condena, se pierde,
igualmente, no sale de tu mano;
así niegue y reniegue del saber celeste de tu amor.

Te alabo Señor:
permites a los hijos de la luz,
transiten la <u>inmediación</u> del cielo
que habita en el mundo.

Y en las afueras del Espíritu se cumple tu palabra;
porque, hay un signo de cruz
en el suburbio que recorre el alma,
hasta llegar al trono de tu luz.

Señor:
te dignaste a venir hasta este valle de rezos,
donde el estrado de tus pies
marca un lugar de cielo en nuestra suerte.

Nada existe en este mundo,
ni muerte, ni vida, ni criatura, que nos pueda apartar
del amor de Jesús Cristo, Dios hecho hombre
y engendrado en la Virgen María.

XII

Señor, Te alabo
desde la miseria abismal del alma,
empobrecida, en angosturas que aprietan;
celo del mundo, miseria
del paso inaplicado del tiempo sin fatiga.

Te alabo,
desde la pena miserable del despojo del alma.
Desde la tristeza, que deambula sin descanso.
Y el pacífico andar de tus palabras,
y el fervor invicto y ardiente de tu llamado,
sustentan la llama perenne de un enigma,
el de la miserabilidad.

Bendita la vida miseranda, que sigue el paso de la cruz,
inmersa en tu misericordia.

Te alabo Señor:
desde la miserabilidad del alma fiel,
porque aspira sin esperar del mundo,
anhela sin apetecer del mundo,
y apetece, sin pedir del mundo
más que una limosna de gracia; y la gracia es tu regalo.

La vida miseranda atesora una pobreza doliente
y anuncia al alma una humildad visionaria
que clama, desnuda de mundo, por tu misericordia.

Te alabo Señor:
desde la miseria, que mueve a la tentativa
de una plegaria fiel.

El arrepentimiento, ese volver atrás de la malicia,
desde la falta del propio abismo
hasta la deuda de amor pendiente,
arranca del alma su oración.

Esos arrestos de arrepentimiento
vuelven la miserabilidad hacia Ti,
y el alma se aferra, a una esperanza,
que se ve más alta que la miseria humana.

Dulce esperanza es tu cruz, Señor,
la miserabilidad del alma
pendiente de Ti, se abandona a sí misma, para posarse
en el goce misericordioso de tu cruz.

Y en tu cruz, echar atrás la deuda arrepentida,
para ahondarse en el mar de tu goce
y en la felicidad ferviente de tu gracia.

XIII

Te alabo Señor:
en la deuda de sentimiento.

La Creación, factura de tus manos
y dada a la vida desde el hálito de tu boca,
oye tu Palabra como venida de la patria de origen,
la recibe como perteneciente
al mismo sentimiento y a un ya conocido amor.

Ninguna criatura desoye a su Creador.

El alma oye a su Señor
de Él recibe la gracia de sostener un oído atento

Te alabo Señor
desde el alma, quien obediente a tu voz,
dice su oración en respuesta amorosa.
El deber amoroso de la oración
pone en Dios la gracia, de Él recibida,
y en un intercambio perfecto,
la criatura da su devoción al Creador.

Te alabo Señor:
si el desdoro de la pasión mundana
hiere la perfecta obediencia de la devoción,
y la oración calla en su silencio inicuo,
nunca puede aniquilar la palabra de la gracia,
que viene, del cielo a la criatura.

Si la desobediencia de desoír al Señor
quiere despedir su palabra hacia el olvido,
tal ingratitud es impotente de anular la voz celeste.

Nada consigue callar a Dios
ni en lo más recóndito del alma,
donde el Señor se explaya
como en la habitación de su propia divinidad.
La alabanza de mi boca Señor, busca tu voz,
como el sentimiento familiar,
que viene de muy lejos y siempre vuelve
a decir su oración.

Y aunque la boca calle el corazón,
que sabe de olvidos y de ingratitudes,
no podrá callar el signo de tu voz.

Señor:
la oración busca a tu Palabra,
para reencontrarse en el amor común
de las almas hermanas, para que dé su fruto
en la devoción última de la vida en Ti.

XIV

Te alabo Señor:
desde nuestra condición de hermanos,
divina gracia que nos ha dejado Cristo.

El estar hermanados en Cristo,
nos hermana con las criaturas de Dios.

Ya no queremos ser iguales ante Dios,
ni tratarnos como iguales;
los hermanos queremos estar firmemente unidos a Dios
en el Padre Nuestro, y luego,
firmemente unidos entre sí.

Te alabo Señor,
por las dos condiciones que has revelado a tu criatura:
– el ser hermano, para demostrar la fe en Ti
por la obra, que sirve al hermano.
– y el ser amigo, pues, estando unidos los corazones
nace una certeza,
ella espera del amor del hermano
como espera del amor de Cristo;
y en la firmeza de la unión del alma,
compartir la perfecta caridad en Cristo.

Te alabo Señor,
el hermano confía en su hermano, en la gracia.

El amigo aprende del amigo
cuanto se revela entre ellos,
por cercanía de amor en la cruz,
por identidad de fin en el cielo,
y por comunión de proyecto en servir a Cristo.

La virtud es fuerza que obra en castidad.
De esa fuerza, de la reprensión del hermano
que corrige al hermano,
repone una rectitud en el afecto.

La santa reprensión contiene ya,
el perdón hacia el hermano, si reprende
según la medida del corazón de Cristo.

El perdonar al hermano y restituirle la fuerza del amor,
no excluye el enojo del sentimiento que reprende,
y quiere seguir sintiendo su afecto leal.

Te alabo Señor: el perdón
exige la generosidad del afecto.
En la angustia de la reprensión de amor,
hay una castidad que afirma a la virtud,
y defiende al amor de Dios en el hermano.

Te alaba el alma, Señor,
el alma que ya no quiere perder
el don divino de la gracia,
y la pena sentida en unidad de hermano,
repone una gratitud a la generosa entrega del amor,
en la cruz convivida.

XV

Te alabo Señor:
por el hermano que, en su obstinación, insiste,
y empecinado en su intención, exige,
hasta imponer su parecer
sin importarle el sentir ajeno a sí.

Si esa tirantez es prueba de paciencia,
y ataca al orgullo escondido,
está al servicio de una obediencia.

Te alabo Señor:
admites al empecinado
un carácter de desentendimiento,
y en la exasperación del vivir:
¡cómo se quiere rescatar el cariño antiguo
y la estima original.

Señor:
no abandones a tu criatura
en el entredicho apenado,
que insiste en el disgusto
como una advertencia alerta.

Tú no admites, Señor, que la propia conciencia
dormite en un falso entendimiento,
ni en el equívoco falaz de la hipocresía.

No permites que falte la reprensión,
como una conmoción, una llamada,
que despierta al abandono interior.

Señor:
si el vivir justifica la reconvención,
el sostén del entredicho entre almas amantes,
incentiva la búsqueda de un poderoso consuelo;
el alma te busca a Ti.

El alma busca un sosiego en lo profundo de sí misma,
como una impetración, que ahonda
para encontrar una paz verídica.

Te alabo Señor:
en el anhelo del alma, que busca
una constancia paciente, por ser leal a Ti.

La paz de tu asistencia es fortaleza,
que sostiene la oración amorosa de la intimidad.

XVI

Alabad al Señor:
no quita la vergüenza ante la falta.

Consciente la criatura del saber de sí misma,
ve al error, en relación opuesta
al bien, que no la abandona.

Alabad al Señor:
no interrumpe al tiempo, y en el tiempo constante
no disjunta al recuerdo del bien inhabitado en el alma;
ni suprime al error, siempre dispuesto a venir
y llevar al olvido el bien de Dios.

Alabadlo a Él:
en la vergüenza elocuente
del dolor que se avecina,
la criatura ve a la justicia
dispuesta a reprenderla;
ve al amor, que sufre por su caridad lastimada;
y ve la fe mentida de su convicción errada.

La criatura ve
la esperanza, que ella misma desea.
La vergüenza la humilla ante el Señor,
como el rubor de una plegaria íntima.

Y el arrepentimiento es una luz paciente,
que aguarda su momento
de tiempo y de constancia del recuerdo de Dios.

XVII

Alabad al Señor:
no quita
la ingenuidad de la criatura, que supone suya
la facultad de disponer, en bien,
el bien de los demás;
y exige, en su sencillez, la aceptación tácita
y la comprensión dada de por sí.

Alabad al Señor:
no quita la penitencia del enojo y la reprensión,
por disponer del bien de los demás,
que propina su herida
por considerar propio lo útil en común,
y disponerlo en bien de sí y en bien de otro.

Alabad al Señor:
no admite en su criatura la distracción,
que incurre en inconsciencia casi indolente,
y diversifica la propiedad adueñada
y distribuye a muchos el bien de los demás,
en bien de considerar
común a varios dueños, una cosa.

Aunque en plan de caridad
no obtiene usufructo,
y aunque reciba la reprensión
de un egoísmo, de otro,
a veces velado en un falso derecho.
La caridad exige una inteligencia despierta.

Alabad al Señor:
no quita la ingenuidad, ni quita la reprensión,
pues quiere a su criatura, tanto
en la candidez de la fe,
como en la lucidez despierta que sostiene su esperanza.
Y así, la caridad se instale en la buena obra
de compartir el bien, en bien de amor.

XVIII

Alabad al Señor:
no quita el goce del sentido corporal, que apremia
por su imperiosa medida.

En el goce que, satisfecho, pide más,
hay un penoso exacerbar del apetito,
y un alerta punzante de la necesidad.

Alabad al Señor:
no quita el dolor en el goce,
que magnifica la necesidad.

Alabadlo a Él:
el dolor pide un consuelo, y allí goza
de la paz del triunfo venidero.
El goce del alma saborea la revelación pacífica
de lo espiritual.

Alabad al Señor:
en la sed de mundo, que exaspera a la sequedad
y pide ser saciada.

En el hambre de mundo, que vacía a la necesidad
y pide ser satisfecha.
Pues, son imágenes de la sed y el hambre de cielo, que
ansían gozar de la paz de Cristo en cruz.

El dolor de la necesidad mortificada
espera algo superior, que lo asista.

La sed espera ser saciada.
El hambre espera su satisfacción.

El dolor de cruz espera redención para el eterno goce.
Quien padece la cruz espera, siempre, en Dios.

XIX

Alabad al Señor:
quiere ser dador de la gracia,
para responder al llamado de la oración
en labios de su criatura.

Alabad al Señor:
en su descanso, espera el momento
a que la criatura pida aquello,
que Él, increada Providencia, ya sabe que será pedido.

Alabad al Señor:
cuando da su gracia a la oración que pide,
da aquello ya preparado en lo providente del Dador.
Y en la abundancia de la gracia,
el Creador es requerido desde la honda impetración
de la oración del alma.

El pecado vacía de dones en la caída doliente,
devuelve la espina de la insatisfacción.

Desde la ruina la criatura pide
aquello, que Dios desea dar, por el supremo deseo
de la salvación, que quiere ser tomada.

Alabad al Señor:
quiere ser instrumento de la gracia,
y espera a que, la sobreabundancia del don,
se manifieste en comunión de amor
y fruto de gratitud.

XX

Albad al Señor:
no quita su amoroso auxilio cuando la criatura,
confiada en la solicitud de la confesión,
se cree en la licencia de volver al pecado,
conociendo el camino de la reparación.

Alabad al Señor:
carga sobre sí aquello, que Él mismo ha sanado
en la criatura.
Y seguirá cargando él con la cruz de ella,
hasta que la criatura comprenda que,
cuanto ello no realiza lo hace su Señor;
y en cuanto ella equivoca su signo lo sobrecarga a Él.

Alabad al Señor:
no solo no abandona a su criatura,
sino que, realiza por ella
todo cuanto escapa a la realidad vital de ella.

Alabad al Señor:
con su paciencia infinita espera a aquella alma suya,
la cual no podrá perderse
teniendo a su lado a Aquel quien,
sin pedir más que el amor,
se entrega por entero a sostener la cruz.

XXI

Alabad al Señor:
en el saber iluminado, que guía a la esperanza del alma.

Alabadlo:
el mundo ignorado de la dispersión,
no ve esa luz del alma que lo sabe presente a Dios.

Alabad al Señor:
Él, no se pone de manifiesto
a la invidencia, que quiere demostrarlo todo,
con la hipocresía de la prueba falsaria,
que así , en ella, daría una razón a la desconfianza.

Alabad al Señor:
que al alma, solitaria en sí misma,
Él le da el saber entendido de sentimiento
y penetrador de misterios;
Él le da la gracia de saborearlo a Él,
en el sostén substancial
de aquel rincón eterno del alma.

Alabadlo al Señor:
no quita jamás la esperanza de la salvación,
aunque, el "hoy" del alma
quiera ocultar al "hoy" eterno de Dios.

XXII

Alabad al Señor:
porque Él se complace en el goce del amor fiel;
Él, en su pacífica contemplación,
ve la paz de las visiones de la vida,
y la plenitud de la esperanza,
que espera paciente en el alma.

Alabad al Señor:
goza con el triunfo de su criatura, que conquista
todo aquello que el Señor le ofrece;
y con ello se engrandece el alma
en la grandiosidad de la gracia.

Alabadlo a Él:
se deleita, incansablemente,
en la alegría de su criatura,
la cual en su interior, se sabe prudente,
y se busca a sí misma en el bien,
para satisfacer la voluntad del Sumo Bien.

Alabad al Señor:
en la criatura.
Ella tiene siempre presente la satisfacción de su Señor,
en el bien, que desea conseguir.

XXIII

Alabad al Señor:
Él tiene, cada vez, un nuevo recurso
para llegar al amor de su criatura,
con un supremo afán
de agradar, como la intimidad y el cuidado
del amigo, que no desea ser rechazado.

Alabad al Señor:
Él no otorga, sino con prudencia
y en el grado perfecto de adueñación,
los dones, que darán su fruto en el tiempo propicio.

El Señor gradúa sabiamente
el peso de la conquista sobre la lucha,
que va a librar el triunfo.

Alabad al Señor:
Él aparece por un camino por donde, la criatura,
está facultada a seguirlo,
y otorga con perfección la medida de su gracia,
ella conduce hacia su infinita divinidad.

Alabad al Señor:
Él concede a la criatura la argucia santa
de acertar sin falla;
Él pide a lo suyo, que quede en la permanencia amorosa
del fruto de la gracia.

XXIV

Alabad al Señor:
por el homenaje, que recibe la criatura.
El mismo Señor promueve
el festejo jubilar de las almas hermanas.

Alabad al Señor:
hace brillar la luz del alma,
puesta en lo alto de la gracia esplendente.
Porque el llamado de la luz del alma,
es el llamado del Señor,
que invita a compartir su gracia.

Alabad al Señor:
promueve el ardor del fermento, que aumenta la masa
hasta el momento de la cocción y el deleite del manjar.

Él no teme ni hace temer a su criatura,
por la intriga, que quiera inficionar al buen fruto.

La mala fe nunca llega al centro del amor,
que mueve al don de Dios.

Alabad al Señor:
homenajea a su criatura a través del amor del hermano,
y se celebra así el homenaje del amor de Dios,
como en la fiesta anticipada del cielo.

XXV

Alabad al Señor:
el alma busca una íntima confianza
con la certeza del encuentro;
ella, sedienta de justicia
reclama para sí el sostén de su vida;
y siempre vuelve a pedir para sí en el anhelo de vivir.

El Señor,
no quita la soledad del alma,
que suplicante, espera, en su propio fervor;
y pide hondamente
en la plegaria, que así fuese silenciosa o breve,
suficiente ha de ser para Aquel que la espera.

Alabad al Señor:
Él aumenta la fe, cuanto más parece decaer
la fuerza en la lucha, que resiste.

Él llena de confianza a la soledad,
que se basta a sí misma para llamar,
con la certeza de no fallar,
a Aquel, quien, en la gracia de los que lloran,
fundamenta el mérito del Reino de los Cielos.

XXVI

Alabad al Señor:
porque en su generosidad,
otorga el mérito de la tristeza,
allí, donde el sufrimiento se refugia.

Alabadlo al Señor:
Él ama al amor, que entristece por el dolor;
se compadece del pobre
que, se empeña en descifrar su tristeza
ante el enigma de la vida.

El Señor no quita en la melancolía,
un dejo de dulzura, que serena al alma.
Preciosa dulzura de la presencia de Dios,
que afirma en la esperanza,
sin sacar del alma un triste recuerdo de ayer.

Alabad al Señor:
abre el alma a la piedad,
que ella misma siente de su propio signo,
signo que la significa ante Dios.

Ante la propia tristeza,
el alma indaga a su propio padecer;
y se conduce hacia la contemplación
de la pasión de Cristo.

Bendita tristeza,
que lleva al goce de la resurrección.

XXVII

Alabad al Señor:
da a conocer su amor
a través del amor de sus criaturas.
Goza por el goce del alma,
en su intimidad de sentimiento.

Alabad al Señor:
Él acompaña, en la soledad de la ausencia amorosa,
cuando el recuerdo reaviva el ansia del reencuentro.
Él acompaña, en la esperanza reviviscente
del goce venidero.

Alabad al Señor:
hace sentir la propia cruz
en el padecimiento del dolor de amor.
Cuando el llanto rememora el goce pasado,
y la angustia ve imposible
la espera del reencuentro.

Hay un padecer insoslayable
sustentado en la cruz de Cristo.

Y el padecer de la ausencia
queda pendiente hasta el mañana,
que tarda y no llega, y se va por el término del tiempo.

Alabadlo al Señor:
no quita el padecer de amor,
que, entregado desde el alma,
purifica de esperanza
y agiganta el deseo de un consuelo.

Allí está Él padeciendo en cruz por su criatura,
y con ella, hacia lo eterno.

XXVIII

Alabad al Señor:
por el amor criatural,
que posee algo de su amor infinito de cielo.

Él tiene la sutil cortesía
de dar al amor un enigma insoluble.
Le impone un signo de misterio
manifiesto, y a la vez, escondido.
Él permite penetrar hasta el alma de lo amado,
hasta lo recóndito de su secreto.

alabad al Señor:
en su generosidad, conduce a su criatura
hacia lo hondo de cada infinito de amor.
Allí está Él, siempre esperando,
para elevar al alma suya
hasta el goce supremo del amor celeste.

Alabad al Señor:
su amistad demuestra que, la entrega sincera de amor,
recibe el merecimiento de la cruz.

Ella justifica y defiende el bien de una perdurabilidad:
la salvación del amor,
en la perfecta valentía del corazón, que ama.

Alabad al Señor:
en su cortesía, da un lugar
al amor criatural, en la grandeza de su amor de cielo.

XXIX

Alabad al Señor:
en la abundancia de su gracia
facilita el camino del Reino del Cielo,
con una prosperidad ascendente
y un júbilo virtuoso.

Para el cielo solo basta una cosa: CREER.

Alabad al Señor:
faculta al alma para percibir:
su propio enigma y el enigma de la vida,
junto al misterio del cielo.

Solo una cosa basta: ser pobre de espíritu.

En la facultad, ya dada en la gracia,
se proyecta la acción de la criatura.
ella sirve al cielo y en su servicio,
halla el camino de salvación.

Dios facilita el medio y el fin.
Solo basta: perdonar a los hombres sus ofensas.

Alabad al Señor:
el reino de la gracia, en los dones de Dios,
es el reino de lo fácil;
solo basta: ser limpio de corazón.

De lo facultado se consigue, el fin del signo celestial
por el enigma, que prospera,
ascendiendo, por la superación del alma
hacia su Señor.

Solo basta. tener hambre y sed de justicia,
para facilitar al alma su entrada
a la misericordia divina.

Solo basta:
ser perseguido por causa de la justicia,
para ser un factor de pertenencia efectiva
del Reino de Dios.

Una sola cosa basta, para pertenecer
al rebaño de los hijos de la Luz, :
buscar la paz, mas no como la da el mundo,
sino la paz en la cruz armoniosa y serena
de lo eterno en Cristo.

XXX

Alabad al Señor:
todo lo tiene en su mano.
La vida en la muerte. La muerte en la vida.

Su voluntad:
motivo primero y último de cada instante.

Alabad al Señor:
la Providencia planea
sobre el cielo del alma de las cosas;
y tanto acompaña al alma criaturada,
que ninguna aspiración le es ajena,
sino, toda revelación y toda certeza
es una radiación providencial.

Alabad al Señor:
por su palabra, muerte, vida y criatura
siempre ante la luz de Dios.

La mano del Señor ante el fracaso, el dolor y la espina,
desde el paso agraciado de la cruz,
con el sostén virtuoso
y el auxilio amoroso del Hacedor.

Caída y castigo, furor y angustia,
pesadumbre y herida siempre, en el Sustentador eterno.

Alabad al Señor:
goce, alegría y júbilo en la sabia palabra
del Sabio, inveterado, el más viejo, que nunca es viejo.

¡Oh!, exaltación de la criatura en Dios!
Todo en su mano; lo eterno en el Eterno.

XXXI

Alabad al Señor:
el alma criaturaza siente lo supremo
y está en el pulso de lo eterno.

En su penetración de lo infinito
se resiste a admitir
el fin de la muerte, que aniquila;
porque advierte un misterio,
cuya reminiscencia viene de muy lejos,
y cuya proyección prepara algo perdurable.

Alabad al Señor:
pues, no se halla el término final de cada vida.
El alma impera y domina
en su propio proyecto, y siente lo suyo
habitado, en lo nunca fenecido.

El alma es dueña del amor de sí misma,
en la constancia siempre presente
del enigma de la vida.

Alabad al Señor:
el miedo a la muerte no sustituye en el alma,
el continuo esperar,
de cuanto viene en lo inagotado.
Inacabado enigma de la cruz, en el alma.

La incertidumbre de la prueba,
que demuestra al dolor,
no ensombrece la guía del "algo" en lo supremo;
así la vida esté empequeñecida,
o se esconda en una fe olvidada.
Abrazo de la cruz, que no abandona.

El alma ve su propia muerte,
en la muerte de la criatura viviente;
la visión de la muerte corporal afirma al alma,
en su puesto de observar la quietud,
la inmovilidad y lo invariable.

Alabad al Señor:
la criatura fenecida demuestra al alma,
que, su propio lugar, adquiere un valor,
en la admiración del movimiento perenne
de todo ir y venir,
en lo inmóvil eterno de la Creación.

Eternidad del árbol de la cruz,
que da sus frutos en la variedad abundante de la gracia,
y en la perdurabilidad del fin único:
la luz del término eterno del Reino de los Cielos.

XXXII

Alabad al Señor:
en su cortesía, Él da lo pequeño
y lo demuestra al alma.
Asevera en certeza que, también, da lo grande
por la gracia, que todo lo ilumina.

Alabad al Señor:
la oración del alma fiel pide al Señor,
y siendo ella tan pequeña en lo eterno de Dios,
ruega por la pequeñez de la vida.

El Señor da sin medida
a lo pequeño de la criatura,
y lo hace ver por el conocimiento de la Providencia.

Alabad al Señor:
cuanto ya ha recibido la criatura,
antes de su oración en el pulso de vida,
es más grande que cuanto ella pide.
Y cuanto ya posee de Él,
en la vibración actuante de la vida,
es más grande que cuanto pueda pedir.

Alabad al Señor:
aún, sin saber medir lo pequeño o lo grande,
la criatura recibe lo poco, en camino de atesorar
lo mucho que el Señor le da,
por el paso de la vida que fenece,
o hasta el goce de la eternidad.

XXXIII

Alabad al Señor:
en su generosidad,
reserva para su criatura la sorpresa feliz.
Y el advenimiento gozoso, inunda de júbilo
al comprenderse la bondad de lo ya hecho,
y la consecuencia feliz no siempre esperada.

Alabad al Señor:
Él, en su cortesía amorosa, prepara la prueba de dolor
con el anuncio del presentimiento.

La noticia, que anuncia a la herida,
anticipa al temor de la pérdida,
mas, no tarda en revelarse
la certeza del anuncio amoroso
del dolor, cuyo enigma de cruz,
está abrazado al signo de la cruz de Cristo.

Alabad al Señor:

Él aclara el camino, que se abre al padecer
por una causa digna del alma.

Alabadlo, pues todo lo consigue Él,
el presentimiento y la certidumbre,
el dolor y la herida, el enigma del porqué
y el signo del cómo, el digno padecer
y la alegría fervorosa.
Por la gracia, Él lo obtiene todo de su criatura.

El Señor da de lo suyo, y quita de lo fructificado por Él,
en acuerdo perfecto con su criatura:
por la sorpresa jubilosa en el goce,
por el anuncio amoroso del padecer compartido.

XXXIV

Alabad al Señor:
Él mismo hace a la criatura
merecedora de saber oír su palabra
y recibir su enseñanza.

Así, el alma, ciega de confusión,
quiera acallar la voz del dictamen de Dios,
Él no se aparta de ella.

Así la criatura quiera equipararlo
y hasta rebajarlo a Dios,por debajo del poder de este mundo,
Él no deja de dar su lección, que pide un bien de amor.

Alabad al Señor:
hace nacer en el alma de los suyos,
la compasión, que acompaña a la pasión de Cristo.
Él ama a la compasión leal,
entregada a la cruz por renuncia de amor.

El Señor, llama a su criatura
para que ella enaltezca su condición de gracia.
Y en esto, la criatura está siempre por debajo
de la condición que Dios pide.
Él atrae al alma hacia un grado superativo,
así se encuentre en la ruina más derrotada.

Alabad al Señor:
la negación de Dios abre la llaga del costado de Jesús,
y Él, sin dejar en deuda al padecimiento,
induce a su criatura la incógnita, que indaga el porqué,
así ella busca la luz que liga al alma,
con un deseo incontenido de la sabiduría de Dios.

XXXV

Alabad al Señor:
Él ampara a la criatura visible y la rodea de lo invisible.

El alma perdura en lo invisible
y sostiene a la criatura en aquello que no pasa.

Lo invisible mueve
a la fuerza sustentadora (también invisible)
de la forma de las cosas.

Alabad al Señor:
Él reviste a la criatura de una forma corporal visible,
y viéndose lo visible se ve también lo invisible,
que lo mueve.

Lo visible fenece en el tiempo.
en su fenecer desaparece lo temporal y perdura lo eterno.

En aquello que se ve se valora, también, lo invisible.

En lo fenecido se atesora lo eterno,
por lo invisible que lo perdura.

Lo invisible se ve, se valora,
y se atesora en el recuerdo del alma.
El recuerdo, de lo que fue,
anuncia a lo invisible de aquello que ya no está.

Alabad al Señor:
está Él presente en lo visible,
que, desde lo temporal, se sumerge en lo perdurable;
y está Él en lo invisible,
que sustenta la fuerza en la gracia eterna.

XXXVI

Alabad al Señor:
permite a su criatura contemplar a la Creación,
desde la sabiduría, que brota de la sinceridad del alma.

El Señor:
no desdice jamás a la criatura que halaga a la Creación.
Él otorga a lo creado,
la virtud de demostrarse en lo visible, perfecto,
y perfecto en lo invisible.

Alabad al Señor:
no despoja jamás, a lo creado, de su virtud.

Hasta el gemido de la criatura lastimada
no oculta a la Creación un signo del término perfecto.

Hasta la voz del dolor
tiene su exactitud, en la expresión de la gracia.

Alabad al Señor:
no desdice jamás la calidad de lo creado,
en el aprecio de la criatura que valora.

Él no retiene a la cantidad
para que multiplique sus dones hasta lo infinito.
Inagotado, es el fruto de la gracia divina.

Alabad al Señor:
no desdice el aprecio,
que brinda la criatura hacia su Creador.

XXXVII

Alabad al Señor:
no quita jamás del alma de la criatura peregrina,
el signo del talento que Él ha dado.

El recuerdo del propio don nunca abandona al alma.

Así ella cruce por quebradas oscuras,
y el abismo la precipite en la profunda tiniebla;
la gracia de Dios es activa en lo eterno,
y en la perdurabilidad de la luz divina.
La gracia siempre ilumina
el presente del proyecto creacional.

Alabad al Señor:
Él lleva a la gracia por caminos admirables,
e inesperados, en la sorpresa de descubrir el propio signo.

Maravillosa expectativa
lleva al alma, a la esperanza gozosa
de no saber hasta qué altura
conduce, la Providencia, el fruto de la propia facultad.

Alabad al Señor:
Él aguarda en lo inesperado del amor,
ocupado en conquistar al alma de su criatura,
para que ame a los dones del Espíritu
y favorezca sus caminos.

Allí transita el alma peregrina, hasta que se manifieste
el misterio del fruto eterno.

XXXVIII

Alabad al Señor:
Él espera en lo inmediato, por el camino ascensional
de las aptitudes del alma.
Su luz está cerca de quien sube
hasta la cima de la revelación divina.

El Señor llama y aguarda, siempre,
en lo inmediato, más arriba, en el bien;
espera, Él, al alma con deseos de recibirla en su luz.

Alabad al Señor:
porque está en lo inmediato de lo eterno,
y se interpone, siempre,
en medio del camino de la criatura.

En medio de la pena y del propio dolor;
en medio del amor, que goza la intimidad de lo perdurable;
en medio de la malicia, que afrenta
a la buena intención y a la buena fe.

Él está de por medio en las cosas altas, para iluminar.
Y en su amor, Él está de por medio
en el pecado, el cual, nunca se explica
en la bondad del bien,
en aquel bien de la lástima compasiva,
que trabaja por el alma junto a la cruz de Cristo.

Alabad al Señor:
lo inmediato de su perdón está siempre de por medio,
en el camino hacia la gracia de Dios.

XXXIX

Alabad al Señor:
no se desdice jamás de su amor.
Él, no quita al amor que ama en Dios,
aquel que Él mismo da en la gracia.
Así la criatura oculte ese amor
en secretos rincones, el amor de la misericordia
nunca es quitado.

Así la ingratitud mortifique al alma
con su inquina hiriente, Dios no quita al amor, que llama,
sin descanso, a la puerta del alma.

Alabad al Señor:
Él no confunde al amor que ama.
Así la criatura no quiera aceptarlo,
persistente es el amor para aclarar
la senda del signo criatural.

Así la criatura se confunda a sí misma,
sin entender al amor;
así confunda a su hermano, equivocando amor humano
por amor falseado en engaño;
el amor de Dios es fiel, como para ser la reserva
de un tesoro en el alma.

Alabad al Señor:
no desoye al amor, que clama por la justicia de ser amado;
pues ni muerte, ni vida, ni criatura
puede apartar al alma del amor de Cristo.

El Señor no se oculta jamás al amor,
que pide ser amado.
Y acompaña al dolor y al desengaño;
pues, el dolor es prueba de que, la criatura,
ve a la verdad del amor.

Alabad a la cruz de Cristo:
puesta en medio del alma, ya más nada se interpone a ella.

XL

Alabad al Señor:
Él da aquel saber de la Creación,
en el cual, la criatura sabe ser criatura.

Alabadlo a Él:
en el goce criatural, que sabe ver a su Creador
en la perfecta unidad:
del cuerpo hermanado en la función vital,
hermanado en el dolor y en el deleite;
y la perfecta unidad del alma, centro mismo del ser.

Alabadlo:
en el júbilo, que expresa la integridad del individuo,
en su <u>especie</u> única.
En la entonación congruente
del <u>órgano</u> afincado en su función exacta.

En la sagrada admiración de la acción cumplida;
por el <u>efecto</u> amado en el término que acierta,
y en bien, se espera paciente su acción.

Alabad al Señor:
no quita el fin sagrado de la vida criatural.
Conociendo la criatura en sí misma
la mano de su Creador, se reconoce a sí,
por el saberse <u>algo</u> en el <u>Ser</u>, que la Hace.

XLI

Alabad la cruz de Cristo:
en ella, la fe es una iluminación, que guía
a la obra perdurable.

La realidad de la inmolación de Cristo
pone, en la justicia del cielo, al perdón.
El perdón es reposición del don de Dios,
que activa toda virtud e impulsa toda fuerza.
La deuda de la desobediencia, ya la ha pagado Cristo,
obedeciendo a la muerte de cruz;
y por el amor divino rescatar a las almas en Dios.
La cruz ilumina a la fe.
Esta fe opera en la cruz, para la obra de la gracia.

Alabad la cruz de Cristo:
en ella, el alma adquiere una certera confianza,
que la lleva a arriesgarse en la entrega amorosa;
ella conduce hacia el camino
de la gracia, del don, de la virtud,
de la facultad del alma,
que realiza en obra al signo del cielo.

El alma, ya no teme a la oscuridad
que rodea a la luz de la fe.
La LUZ de Cristo en cruz eleva, cada vez más alto,
por el camino hacia lo celestial.

Alabad la cruz de Cristo:
en ella, por la fe Cristo mueve hacia la obra perfecta
en la inteligencia de los hijos de la luz.
La obra, en bien y en la fe del saber de la gracia,
es la gratitud de la criatura hacia Cristo en cruz.

En la cruz, la criatura acompaña
y Cristo conduce hacia la luz del Reino.

XLII

Alabad la cruz de Cristo:
en ella, la esperanza es una certeza,
que ha encontrado el fin de cuanto espera.

El beneficio de la cruz,
para el alma esperanzada,
es un regalo, que, habiendo sido prometido
ya fue otorgado.
Sabia función del alma, que sabe esperar en el tiempo
cuanto está cumplido en lo eterno.

Alabad la cruz de Cristo:
en ella, el alma, consigue el goce de lo eterno,
cuyo dolor, ya fue sufrido, y cuyo amor está correspondido.

El alma, ya, no teme
a la herida de esta vida, ni a la ingratitud,
si, no teme a la muerte hermanada en la cruz de Cristo.

La esperanza arraiga al alma, en la vida,
por la misión virtuosa, de esperar
algo bueno del Sumo Bien.

Alabad la cruz de Cristo:
en ella, la esperanza dispone del don de Dios.
Por el sagrado intercambio entre las criaturas,
se espera a la gracia, y se la recibe,
en la simultaneidad perfecta de lo perenne.
En la cierta realidad de la cruz de Cristo,
la promesa es término, y la esperanza,
un don activo de la gracia criaturada.

XLIII

Alabad la cruz de Cristo:
en ella, la caridad es una fuerza,
que lleva hacia el amor de Dios.

El fervor de Cristo en cruz, como el fuego del Espíritu,
que ruega al Padre por las almas, atrae la Creación hacia Él,
en el goce perfecto del triunfo del cielo.

En Cristo,
la carne criaturada, ya no es materia que perece,
sino, parte de la ofrenda
del dolor de la criatura, atraída hacia la cruz.

Alabad la cruz de Cristo:
en ella, el alma está saciada de todas las ansias.

El alma, ya no teme caer en la aridez del desierto,
que arrastra al desamor;
ni teme a la condena inevitada de la deslealtad,
pues, en la cruz de Cristo, pervive el amor perfecto,
que ama a Dios en la hermandad de la Creación.

Alabad la cruz de Cristo:
en ella, la caridad dispone de la virtud infenecida
y del bien más alto en Dios.

En Cristo, la caridad se da por revelación de fe,
por afirmación de esperanza
y por esa paz del alma, que reposa
en la entrega amorosa de la cruz.

XLIV

Alabad la cruz de Cristo:
en ella, sobrevive la herida de la pena humana,
en el dolor del Inocente.

Si el padecer, en la desgracia humana,
es merecido por la falta, ya en la cruz, la pena
es enaltecimiento de la generosidad
amorosa y voluntaria de Cristo.

Alabad la cruz de Cristo:
hace del dolor una virtud de amor.
Hace de la vida en gracia
el goce, que colabora con la pasión
hasta el "alegraos" de la resurrección.

Quien recibe la revelación del Espíritu
por la cruz de Cristo, se encauza
en la fuerza sagrada del dolor;
y padece por amor a Cristo,
y goza por amor a las criaturas hermanadas en cruz.

Alabad la cruz de Cristo:
ella, sustenta al júbilo del alma
en la exaltación del Inocente,
quien voluntariamente se inmola.

Él se lleva para sí la fatal condena del alma criaturada,
y nos entrega sin medida el don de eternidad,
en cuyo favor amoroso regala el perdón.

En el perdón: la entrega; en la entrega: renuncia;
en la renuncia: unidad de amor;
y en el amor se revela la Creación,
que vive de la luz del Espíritu Creador.

XLV

Alabad la cruz de Cristo:
en ella, la criatura ya no teme,
pues alcanza al alma suprema del Creador.
Alabadla:
ella, intercede entre el ansia de la criatura
y la saciedad, que da la gracia del Hacedor.

La sed de justicia del alma está saciada en la cruz,
que entrega a Dios, en piedad,
cuanto se ha recibido de Dios como gracia.

La intercesión de la cruz: afirma en la esperanza;
aclara en la fe; agrada en la caridad.

Alabad la cruz de Cristo:
ella, está en el acierto de la obra criaturada.
El "hacer" de la criatura
está en la justicia amorosa y potente
de la cruz, y todo bien vuelve al Hacedor.

La cruz de Cristo
da la certidumbre del amor actuante;
da la firmeza de la devoción cumplida;
da la sabiduría del misterio ya revelado.

Alabad la cruz de Cristo:
ella, ya no teme al error tendencioso
ni al pecado que lastima,
ni a la muerte degradativa del cuerpo,
que es hermano de la criatura.

Si el alma sufre por injusticia de desobediencia,
el cuerpo acompaña en la obediencia del dolor,
reponiendo una justicia.

Alabad la cruz: en ella
el reino del mundo está herido
y el Reino del Cielo está hallado.

XLVI

Alabad la cruz de Cristo:
en ella, el amor es perfecto porque nada le falta
ya, por conseguir, hasta la resurrección.

Alabadla:
en ella, la criatura demuestra la plenitud
de la fuerza del don divino, que inhabita en el alma.
Allí, nada le falta para ver la realidad de lo eterno.

Alabad la cruz de Cristo:
en ella, el amor manifiesta el arma eficaz
para el fin de su triunfo:
el amor se entrega a sí mismo en gratitud amorosa,
y consigue la gratitud del Espíritu amante,
quien acrecienta al don del amor.
Alabad la cruz de Cristo:
su dominio es el amor perfecto,
que ve lo perdurable en lo fenecido, cuando hay entrega
en el término inmóvil de una obediencia.

Siente lo pacífico en la lástima de amor,
cuando la mortificación
encuentra su término de pobreza y humildad.
Y ama al fervor de la pasión, cuando hay entrega
en el término inmóvil de un obediencia.

Siente lo pacífico en la lástima de amor,
cuando la mortificación
encuentra su término de pobreza y humildad.
Y ama al fervor de la pasión, cuando la virtud
alcanza un poder de pureza, en el término de la castidad.

El fuego del Espíritu asiste a la cruz,
y nada le falta, en lo perfecto de su amor.

XLVII

Alabad la cruz de Cristo:
ella es el refugio del alma sencilla,
que, en su propia herida vital ve la herida de Cristo,
y comprende, más allá de todo saber, cuál es el misterio
idéntico del alma criaturada y de Cristo humanizado.

Alabad la cruz de Cristo:
ella, habita en lo íntimo del sentir,
y el alma, en su sentimiento manifestado,
ve el dolor de Cristo; allí, advierte lo idéntico de su dolor
con el padecer divinizado en Cristo.

Alabad la cruz de Cristo:
ella, está presente en el acto persistente de la vida
de la criatura, y su presencia palpitante
hace vibrar al alma en la identidad de la pasión,
que, pervive en el proyecto hermanado:
de Cristo en la criatura por voluntad de entrega amorosa;
de la criatura en Cristo, por la respuesta agradecida
del alma fraterna, que valora y ama en el amor de la cruz.

XLVIII

Alabad la cruz de Cristo:
así como el niño enternece, y por su desnudez
mueve a la compasión del alma, que lo ve, de antemano,
indefenso ante un peligro;
de igual modo, el alma ve a Cristo,
realidad viviente de amor.

El alma lo ve, en la herida ya arriesgada,
en el padecer ya demostrado, en la agonía ya entregada
como una dádiva preciosa.
Y se conmueve el alma, de verse igualada en el padecer.

Alabad la cruz de Cristo:
en ella, el alma ve, ya realizado en Cristo,
cuanto más pueda temer en sí misma,
hasta el perder la vida.
Esta visión penetra lo más recóndito del alma,
y desde allí asciende hacia lo alto del saber de la criatura.
Desde ese saber, el antiguo temor
es ahora, arrojo de salvación.

Alabad la cruz de Cristo:
ella, es la valentía del alma que ya, no teme
igualarse a Cristo, cuando Cristo
se ha igualado a ella.
La cruz es el júbilo rotundo del alma,
de haber encontrado el camino cierto y verdadero.

Allí, el alma, sin salir de sí misma,
asciende hacia lo idéntico hermanado en Cristo.

XLIX

Alabad la cruz de Cristo:
es fortaleza del fuerte en la pobreza evangélica,
por la constancia de permanecer
en el signo de la sencilla renuncia.
La cruz:
es enaltecimiento del alma,
hasta la altura de la obediencia revelada,
al signo propio.
Y por la renuncia de comprenderse entre las almas,
hermanadas a Cristo por la cruz.

Alabad la cruz de Cristo:
es grandeza por magnanimidad de la generosidad amorosa;
miembro de la caridad, es quien se ve
ya, engrandecido en la cruz,
por saberse llamado hacia el amor de Dios.

La cruz:
es perfección, de quien se manifiesta perfecto
en comunión con la pasión de Cristo,
por saberse cumplido en la sabia castidad.

Alabad la cruz de Cristo:
es plenitud del deseo de las criaturas,
pues, en la cruz, el alma queda saciada
del deseo de agradar a Dios.

La cruz:
es eternidad en la vida, de quien
posee la constancia perdurable
de permanecer en Cristo, por la asistente misericordia.

L

Alabad la cruz de Cristo:
la sumisión del alma al signo de la cruz divina,
obtiene el premio agraciado
de ser <u>obediencia</u> al mandato amoroso del Señor.

La humillación de la llaga, en la herida,
adquiere la condición de ser acto sagrado,
y es elevada a sacrificio santo.

Alabad la cruz de Cristo:
el dolor, en la pasión de Cristo,
obtiene el pago de equivalerse al amor,
que se demuestra a sí mismo.

El abandono, en el padecimiento de cruz,
adquiere el signo de soledad evangélica,
que nunca está sola en la comunión con Cristo.

Alabad la cruz de Cristo:
el fracaso, que el mundo infiere en venganza,
en la gracia manifestada en cruz,
alcanza la superación de la renuncia evangélica,
que todo lo entrega a Dios.

La muerte,
que, en el fenecimiento tumba a la fuerza criatural,
consigue la quietud del descanso.

Partiendo, el alma, del mundo, llega, y se establece,
en el descanso del banquete celestial.

LI

Alabad la cruz de Cristo:
el alma criaturada, en la gracia del bautismo,
se sabe poseedora de aquel beneficio, que da
la cortesía de Cristo, al ofrecer como sublime
conquista de amor , su vida humillada en la cruz.

Alabad la cruz:
la criatura ya, en identidad vívida con Cristo,
adquiere la altura visionaria, que da, la propiedad
de haberse dispuesto a la cruz;
y gloriándose allí, la cruz la certifica de la verdad.
Así, su juicio, adquiere un vuelo insospechado,
hasta poner este juicio bajo el dominio
de la misericordia.

Alabad la cruz de Cristo:
en ella, el alma se sabe poseedora del juicio del reino de este mundo, y así, ser imitadora de la cortesía de Cristo, y practicar la misericordia en los hermanos de Cristo.

Hermanos entre almas criaturazas en la deuda;
fraternos entre almas, en la devoción.

LII

Alabad la cruz de Cristo:
la fe en la resurrección certifica la esperanza,
en Cristo y en el Evangelio.

Esa esperanza, hace de la cruz,
– ya cumplida en Cristo –,
el goce de cuanto la criatura puede ofrecer,
a Dios y a la vida.

Alabad la cruz de Cristo:
ella, es un premio para la criatura:
si más penetra la espina, en más confirma al signo.
Tanto peso la cruz, tanto más impulsa el resurgir.

Tal agobia el esfuerzo del camino,
tal es la atención de la caridad, que se compadece.

Tanto perturba el llanto cegado en la pérdida, más se ilumina
la inteligencia de la cruz.

Alabad la cruz de Cristo:
más avergüenza la desnudez de la llaga,
más valentía genera en el alma.

Tanto más agudiza el dolor de la herida,
más cerca ve el fin del padecer,
que espera siempre un goce a cambio del dolor sufrido.

La esperanza de ese goce espera el rescate,
que Cristo promete en su enseñanza,
a la criatura hermanada en Dios.

LIII

Alabad la cruz de Cristo:
ella, no enmudece jamás ante la mentira,
que niega la eficacia de su dolor.

Ante el menosprecio de la falsía,
que trata de inutilizar la fortaleza de la pasión en Cristo,
el propio padecer de la criatura se defiende,
con la inmediatez de la virtud esclarecida.

Nada puede separar al crucificado de su cruz;
nada puede separar a la criatura del Cristo.

Alabad a Cristo en cruz:
Él, no deja sin respuesta a la criatura;
así la trama del signo crucial
penetre oscuridades insondables.
La cruz no abandona a la criatura,
aunque el olvido obnubile, y el desdén desprecie.
Alabad la cruz de cristo:
no hay escondite en el alma, que no denuncie
el beneficio del padecer de Cristo,
el cual, nunca enmudece ante la mentira,
que quiera desvalorizar la eficacia del mérito del padecer.

La cruz hace a la criatura propietaria de su dolor,
y administradora de los méritos de Cristo.

LIV

Alabad la cruz de Cristo:
la llaga es un punto inmóvil en la cruz.
La quietud del dolor es la constancia del amor,
que permanece.
Mientras la herida vibra, en la pureza del fin conseguido,
su fuerza sostiene toda acción de amor.

Alabad la cruz de Cristo:
la voz del crucificado atesora la ciencia sublime
que explica, de por sí, su entrega.
Su palabra anuncia el padecer desnudo de ficción,
en la certidumbre quieta de su misión.

Alabad la cruz de Cristo:
al ver al crucificado se ve, de Él,
la espera, la cual, ya contiene su fin en lo que allí cumple.

Al verlo, su prisión en cruz, liga con la cruz su padecer;
y llama a la caridad de la criatura,
que obra por acción de la gracia otorgada en virtud y amor
de esa misma cruz.

El amor de Cristo conmueve al amor criaturado.
El punto inmóvil de la cruz, señala el camino verdadero
hacia el Reino prometido.

LV

Alabad la cruz de Cristo:
en la condena el reo, Jesús, silencia su juicio.
Y aunque calle, la verdad clama por su inocencia,
y la justicia se hiere.

Él calla, y su silencio es un combate revelado y ardiente
de la misericordia.
Aún, contando Él con su poder divino,
lo arriesga todo, para dar su amor,
y que ese amor sea efectivo.
Se da por entero a la lucha, que la conmiseración
libra, a favor de la criatura.

Alabad la cruz de Cristo:
la ingratitud de los propios, que condenan,
no interfiere ni sujeta al entendimiento del reo.
Jesús, en el saber de su misión
– (dar testimonio de la verdad) –
se ubica en su puesto eterno:
"mi Reino" (no es de este mundo).

Alabad la cruz de Cristo:
la condena del mundo falaz no destituye jamás,
a quien tiene su puesto en la inocencia
y en la verdad que ama.
La misericordia es la inteligencia del amor
de quien sufre, por la señalación fementida.

La cruz del Inocente demuestra la certidumbre
del servicio amoroso a las almas, para la vida eterna.

LVI

Alabad la cruz de Cristo:
el alma congraciada con Cristo,
ya no teme a la condena de este mundo.
Jesús, Inocente en cruz, es quien paga la deuda
con el signo de Dios.

Ya siente el alma, en su interior,
que, la certeza de su esperanza
y la fe de su triunfo, tienen el camino ganado en Cristo.

Alabad la cruz de Cristo:
la falacia mendaz de la condena de este mundo,
está descubierta en su fenecimiento y su caducidad.
El alma siente que, la inculpación de este mundo,
le es merecida en cuanto a sí misma, y le es inmerecida
en cuanto a Cristo.
Alabad la cruz de Cristo: el alma padece en sí misma
la señalación miserable de este mundo;
y dentro de ella, la inocencia de Cristo
trabaja, para justificar su salvación ante Dios.

Si la criatura da la vida por la verdad del signo de Dios,
ella sabe transitorio al padecer,
y ya, se sabe habitante del Reino celeste.

LVII

Alabad a Cristo con la cruz a cuestas:
ante la burla y el castigo, el silencio de Jesús
traba una incógnita en los burladores.

Ya tendrá, luego, el alma ciega,
frente a sí misma la soledad de su impetración.
Allí, dentro del alma que condena:
silencio con silencio:
el silencio propio en la necesidad que reclama,
y el silencio de Cristo que padece en su inocencia,
y en su espina, pide a Dios un lugar de justificación.
Alabad la cruz de Cristo:
Él no abandona, ni reposa en el empeño de su misión.

Cristo carga la cruz y no desdice al castigador,
le muestra su dolor y le enseña su obediencia.

Alabad la cruz de cristo:
sin apresuramiento Él, sabe al alma
capaz de atesorar su ejemplo.

Con su silencio la impele aún más,
a que vea, en Él, el motivo de una lástima
elevada al más alto dolor, y abrazada a la luz de su amor.

El silencio de Jesús siempre es una incógnita,
para el alma que silencia, en ella, a la verdad.

LVIII

Alabad la cruz de Cristo:
en ella, el alma, hija de la gracia,
tiene un peso que cae y una carga que transita.

En cuanto cae, su reposo es esperado con ansia.
en cuanto transita, solo espera llegar
al término del bien amable.

Alabad la cruz de Cristo:
por ella, el alma espera en Cristo
cuya cruz, en él, es inmerecida
como pena, pero altísima en mérito
como triunfo de inocencia.

La carga de Cristo es liviana para el alma,
pues Cristo, con su inocencia,
se encarga de demostrar el mérito del padecer.

Alabad la cruz de Cristo:
en ella, el alma recibe la condena inevitada de mundo;
y le asegura, que Cristo ha de llevar la cruz.
Para el alma se aligera el fin de la salvación,
al transitar el camino con el yugo de la cruz.

Porque la salvación
ya es realidad, en la voluntad redentora del Hijo de Dios.

LIX

Alabad la cruz de Cristo:
la caída del crucificado denuncia el olvido de aquellos,
que ayer fueron seguidores.
En la caída hay siempre un abandono.
Mas, el ardor de la cruz, más allá de todo olvido,
ama en infinitud de divinidad.
Jesús no denuncia al padecer, sino a la palabra, que enseña
para el rescate del alma.
Su fuerza es el goce de la verdad, es la realidad de la virtud.

Alabad la cruz de Cristo:
ya no importa tanto el pecado
por el "no saben lo que hacen".
Más importa el perdón, pues tampoco se sabe (en salvación)
cuanto realiza Jesús caído.

Aunque el abandono, en su ignominia,
no se conduela del caído, Jesús, se sabe
el arca, que reserva y refugia
la bondad de las almas de la luz.

El alma podrá siempre recurrir a Él,
cuando en la sequedad mortal del olvido
se quiera rescatar el propio bien.

Alabad la cruz de Cristo:
aunque Jesús desfallezca padeciendo el abandono,
lo sostiene la realidad de su amor,
que nunca olvida el beneficio del perdón.

LX

Alabad la cruz de Cristo:
La caída de Jesús hacia adentro del abismo del alma
penetra la hondura del enigma de cada alma lastimada.

El alma, congraciada en Él, se siente imbuida
de la primera caída de Cristo,
la que más representa a su muerte,
por la soledad y la estrechez que ya, nada espera del mundo.

Camino al Calvario, Cristo cae
por debajo de la fosa de la criatura.
El juicio de este mundo y la interlocución de este mundo
han quedado atrás.

Alabad la cruz de Cristo:
en ella, toda caída, en la amargura del fracaso tumbado,
se transforma en certeza de que, allí,
ocupará su acción la compasión de Dios.
La caída de Cristo contiene la virtud inmóvil
de la misericordia divina.

Alabad la cruz de cristo:
el alma, sumergida en la propia oscuridad,
que no ve la luz de Dios, ve caído a Cristo,
y en Él, encuentra el camino de ascenso
a lo supremo de Dios.

LXI

Alabad la cruz de Cristo:
el amor intacto de la Madre confiesa en silencio,
el amor idéntico de ambos en la cruz;
el amor idéntico de ambos en el camino a la renuncia:

Él, por la aceptación de la ignominia,
que descarga su injusticia,
ciega de cuanto realiza, y por la manifestación del poder
de su dignidad de Dios, en frontal contradicción
con la falacia del mundo.

Ella, por la aceptación del padecer de Él,
y por la manifestación callada, en el misterio de la fe,
de su condición de Hijo de Dios, por Él
y de Madre de Dios, por Ella, reservada revelación
para el alma que cree.

Alabad la cruz de Cristo:
Él sabe que, en su Madre, tiene una sede de la gracia,
alma, que acompaña en la hondura de la cruz.
Él sabe que, en su signo derrumbado según el mundo,
Ella es el cofre de los secretos de Él.
el misterio divino es amado en su magnitud, perfecto,
fuera del mismo Cristo, por Ella, criatura de Dios.

Alabad la cruz de Cristo:
la identidad de Madre e Hijo, hace a Ella
poseedora de la confianza de Él,
para testigo eterno de su dolor.

El dolor de la Madre vive del dolor del Hijo.
El amor del Hijo vive en el vientre amoroso
de la Madre amorosa, por el advenimiento eterno de Cristo.

LXII

Alabad la cruz de Cristo:
en ella, el alma se reconoce como hija.
Cristo salva a las almas, y las almas, de algún modo,
van a su lado, Él las restituye a lo suyo.

El alma, pues, ansía que allí, donde habita
y se la contiene (junto a Cristo) se siente parte, y desea
que le sea benigno, por su fin de salvación,
y le sea deleitoso y apetecible, porque va al lado de su Dios
("Logos creador omnium").

Si lo desea con tanta ansia, pues, se reconoce
en algo que, una vez, ha tenido.

La gracia, que una vez ha tenido el alma creada,
la reserva y la contiene quien la ama: Cristo en cruz,
y María, junto a Cristo.

Alabad la cruz de Cristo:
Jesús reconoce su signo en su Madre, y Ella junto a Él.
Ella ama al Hijo, y en el Hijo ama todo cuanto Él ama.

El alma creada se sabe amada por Cristo, en el dolor.
El alma se siente amada, en aquello, que ama María.

El alma se sabe contenida en el cuidado de ese amor,
cuando la cruz le recuerda la identidad de los tres:
Hijo, Madre y alma.

Tres, en el mismo signo del camino de cruz, para lo eterno.

LXIII

Alabad la cruz de Cristo:
su gravitación es un quedarse en la lástima.
Esta retención, en la lástima del que sufre,
molesta a los poderes de la inmediatez,
que castigan con sus apuros, y tratan de abreviar la pena,
porque el dolor acusa, siempre, a una injusticia.

<u>La ayuda</u> a la cruz,
quiere demostrar que, quien padece,
no puede más sostener su propio sufrimiento;
y suprimir al dolor con la ayuda hipócrita,
menoscaba a la propia valentía.

Pues, la ayuda no disminuye en nada la herida,
ni suprime el pulso contradictorio del castigo.

Se quiere redituar una ventaja injusta
en la ayuda al que sufre, mientras se confirma en ello
a la explotación de los poderes condenatorios.
Alabad la cruz de Cristo:
la ayuda de quien está de paso (el Cireneo)
no consigue, nunca, evitar la tardanza
en el camino de la cruz.
La circunstancia, que amengua en algo al dolor,
no infiere a la constancia de la cruz.

¿Qué ayuda humana puede interferir
en la realidad divina del Calvario?

Solo se cuenta con la propia fuerza,
en el tiempo que escapa, en la oportunidad ya vencida,
que, en su condena, no puede volver atrás.

Alabad la cruz de Cristo:
aunque el dolor retenga los tiempos de la vida,
y en la angustia, el alma en cruz, se retrase en su camino,
nada evita la pena,
y en la pena, nada interfiere al sentimiento,
que ama más allá del tiempo signado a la herida.

LXIV

Alabad la cruz de Cristo:
en ella, el alma se ayuda a sí misma,
y dentro de sí, ayuda a Cristo.

Ayudando a Cristo en sí, el alma ayuda
a quienes Cristo carga en Él.

El alma en cruz, se eleva a sí misma
elevándose hasta Cristo, y eleva a quienes Cristo sube,
con su divinidad, hasta el Reino.

Alabad la cruz de Cristo:
el alma, que levanta su oración hasta Cristo,
ayuda a aquellos, hermanados
en el signo sublime de la cruz.

En la cruz, la gracia, hermana a las almas,
quienes se ayudan por el camino del cielo.

La oración sustenta a la gracia, en el alma,
que progresa en frutos de fe.

La fe mueve a la acción de Dios, en bien del alma.

Ella, se acompaña a sí misma en la propia cruz,
por amor a la vida crucificada, por la penitencia sagrada
que espera en Cristo, y por la humildad,
que se abraza a la cruz, alabando a Cristo
desde la multitud y la comunión de los hijos de la luz.

LXV

Alabad la cruz de Cristo:
el arrojo de la Verónica no sorprende a Jesús.
La cruz no distrae al amor de Cristo.

El alma compasiva, atenta y alerta,
que ve al dolor inevitable y santo en el santo Inocente,
no teme a los verdugos ni a los instigadores.
Ella se ve premiada, como en una escondida intimidad:
el rostro de Jesús se grava en el paño,
que le enjuga el sudor.

Alabad la cruz de Cristo:
esclarece la cortesía del alma y ella, en intimidad de amor,
recibe la cortesía del Señor.
El alma Verónica vuelve hacia sí misma,
con la certeza de ver al Señor invariado en su amor,
en su lección de bondad, en su voluntad de entrega.

El alma ve a Cristo por generosidad de gracia,
y de Él recibe la cortesía de lo eterno,
por la altura de distinción para con el alma;
y en su dignidad de Hijo de Dios se hace hermano del alma,
a través de la virtud activa de las criaturas.

LXVI

Alabad la cruz de Cristo:
en la unidad de las almas hermanadas en la cruz,
se reserva siempre un homenaje, congraciado de bondad;
y abrazado a la fuerza del Espíritu divino, no desfallece.

Alabad la cruz de Cristo:
hay un goce iluminado en el rostro del crucificado.
el alma lo ve, lo comprende, y lo lleva consigo
hasta convivirlo sin límites, por el camino de lo eterno.
Cristo no desatiende a la angustia del alma,
ni a su dolor.

No abandona al goce del alma que a Él agradece,
con su caricia bondadosa;
el alma, que se apresura hacia Él
sin el temor abstruso de la confusión,
sin el subterfugio de la inconveniencia.

Hay un goce limpio en el alma que se abraza a Cristo.
A ella, la asiste una iluminación, la cual le señala
el dolor que redime, la mortificación que conduce al Reino,
y la mantiene alerta, ante la ingratitud
de retacear el fervor amoroso hacia Cristo.

En la unidad de las almas en Cristo, el amor
siempre reserva un homenaje a la justicia,
que repone lo bueno en Dios.

LXVII

Alabad la cruz de Cristo:
Él cae por segunda vez en la pena lastimada.
Cada vez que el signo vuelve a caer
y allí pierde su fuerza vital, la desazón se ahonda más,
y el fracaso se agudiza ante la pérdida.

La vida hace su drama.
El cuerpo generado se abisma en sí mismo,
el alma confirma su signo probado en la caída.

Alabad la cruz de Cristo:
cada vez que el amor se tumba
hasta el hondo enigma de la pena, se esfuma más y más
cuanto se espera del triunfo de la vida
desde el ansia de la necesidad
o desde el mundo rodeado de falacia.

Allí, la derrota se sume en la desesperanza,
y cada vez, agobia más el inevitado abandono.

El cuerpo vencido ante el castigo;
el alma perpleja de agonía, pero ascendente hacia la cruz
que espera, allá arriba.

Alabad la cruz de Cristo:
ella, confirma la virtud del reo (Inocente).
Al levantarse y continuar el camino, la fuerza virtuosa
no pertenece a la carne tumbada y vencida,
sino, a la luz del alma, la cual, deja ver
el punto radiante guiado por el Espíritu,
quien, por la cruz, sube intacto.

LXVIII

Alabad la cruz de Cristo:
en ella, el alma no teme volver a caer.
Estar en medio del camino de cruz y en la caída repetida,
es haberse adentrado en el goce de la verdad.
No hay ocasión, ya, de volver atrás,
ni se quiere abandonar la certeza vivencial
del amor verídico.

Alabad la cruz de Cristo:
en ella, ya ha pasado el proyecto de la vida enseñada
desde la niñez del alma, ingenua en Cristo.

Queda atrás
el día de la indagación del amor, que busca ser amado.
En la caída de Cristo el alma va asegurada
de realidad criatural:
al derrocar lo transitorio,
la vida sube por la virtud de lo esforzado,
y en su claridad de lucha, no sufre desmedro.

Alabad la cruz de cristo:
en ella, el alma no teme caer,
pues, la confirmación de la pena en Cristo,
afianza la enseñanza en Cristo,
obtiene la esperanza en Cristo,
y estima la promesa del Reino,
en la certeza de ser agente del amor de Cristo,
y partícipe de la misericordia divina.

LXIX

Alabad la cruz de Cristo:
Jesús no aprueba al llanto,
que se lamenta del signo de la cruz.

Indica, y en su vigilancia amorosa,
obliga, al llanto valeroso, que ruega
para que, los hijos de la luz,
merezcan la revelación de Cristo.

Alabad la cruz de Cristo:
Jesús se detiene a reprender al llanto,
que obnubila la visión de la pena crucial,
llorando un destino, que lo supone abandonado de Dios.

Él reconviene al error, que niega a la cruz,
llorando una derrota sin salvación;
y enseña a la revelación de la cruz como una gesta heroica,
que rescata al alma para el Espíritu.

Alabad la cruz de Cristo:
en Él, el llanto es un ruego esperanzado
el cual, despierta al alma al deseo divino,
e invita al pedido agraciado del alma,
que ve a Dios, mientras va por el camino de cruz.

El alma lo posee todo en la cruz porque todo lo entrega.

LXX

Alabad la cruz de Cristo:
el llanto del mundo, de la criatura entregada a la condena,
no tiene lugar en el camino de la cruz,
senda divina del Señor.

El llanto se trueca por el goce de poseerlo a Jesús,
en el camino de salvación.
Solo Él puede inaugurar ese camino para el alma.

Alabad la cruz de Cristo:
el lamento del inconforme, ávido del poder de Dios
para un beneficio egoísta,
el cual trabaja en contra de los hermanos
y en contra de la propia alma,
es rechazado por Jesús, como una devoción hipócrita.

Él enseña la disposición del alma
para compartir la pasión, y en esa compasión
participar del goce fraterno del beneficio de la cruz.

Alabad la cruz de Cristo:
el llanto falsario, que, padeciendo el mal del mundo,
niega a Dios, cierra el paso a la gracia,
y contraría a la castidad, de cuya virtud amorosa reniega.

En la realidad sincera de entregarse a la cruz,
se goza, ya, de los bienes, que promete el Señor.
La vida de la gracia es anticipo perfecto de la vida eterna.

LXXI

Alabad la cruz de Cristo:
la caída por tercera vez, para la gracia, no supone debilidad,
sino fortaleza de soportar el hundimiento.

Para el don de Dios no supone ineptitud,
sino, facultad de amar, aún en el dolor.

La pobreza evangélica confirma lo perdurable,
y hace dádiva de lo transitorio,
para obtener lo eterno en Dios.

La ganancia del fuerte, en el amor divino,
es proseguir en la rectitud,
ascendente y amada, de la justicia.

Alabad la cruz de Cristo:
ella pone, en la debilidad del apaleado,
la prueba del poder del Inocente.
El alma, cerciorada de la inocencia purísima de Jesús,
ve la caída, ve la derrota,
ve la llaga, en consonancia y en perfecta correspondencia
con la entrega amorosa de Cristo.

Para la criatura es el mérito, que, a ella, le permite
incorporarse de la caída y proseguir.

Alabad la cruz de Cristo:
Él, se impone a sí mismo, ser ejemplo para la criatura
vencida de gravedad de mundo, pero nunca anulada,
en su virtud de ser criatura-creada,
perfecta, pues, en su fuerza de amor.

Lo creado por Dios no puede, jamás, ser aniquilado,
en su fortaleza sustentada por el Creador.
Aún en la caída, nada impide amar.

LXXII

Alabad la cruz de Cristo:
un misterio asiste al alma:
volviendo a un padecer renovado, cae por tercera vez.
Misterio del pecado en el alma.
Ya no importa, en sí, la desazón de reincidir en la falta
sino que, la pena, pueda ahuyentar a la gracia.

En lo ya caminado, es mayor la promesa de un más allá,
que la humillación mortificada.

Alabad la cruz de Cristo:
si el alma deja en manos de Dios
la magnitud misteriosa del pecado,
la hondura de la herida o el constante padecer,
no amenguan la esperanza, la cual, ya ha sido probada.

El dolor, que el Señor admite sobre su criatura,
se hace más propio y más amado.

En la caída, ya, sobre el final,
nada puede anular lo conseguido por la fidelidad de la cruz.

Alabad la cruz de Cristo:
si el alma busca el Reino de lo eterno,
ya no espera del mundo,
sino aquello que el Señor da por añadidura.
La criatura ha dejado todo de sí,
por la tercera caída, sin embargo, todavía le resta
introducirse en la cruz,
que espera, con la paciencia de la santidad que ama.

Cristo pide siempre más a la heroicidad de la pobreza.

LXXIII

Alabad la cruz de Cristo:
El Hijo de Dios, y lámpara divina de la sabiduría de Dios,
sabe el fin perfecto de salvación del Calvario.
De allí, su fervor de querer ver arder al mundo; y su pasión
es un entregarse, por voluntad certera
de saber el fin conseguido.

Cada paso, en el curso del camino de cruz
no solo, Él lo acepta a voluntad,
sino, lo desea, en su labor amorosa de salvación.

Jesús, no solo acepta
el despojo de sus vestiduras como parte de la cruz,
sino lo desea como pasión redentora.
El dolor de verse avergonzado
por quienes Él hace hermanos en Dios,
es un dolor retenido en Él, y defendido,
por su valor de justificación.
Alabad la cruz de Cristo:
en la expoliación, Jesús desea y gusta
cuanto es voluntad de Dios Padre.

Por mérito de su entrega, la realidad de su acción
supera toda inteligencia humana,
para ascender a una inteligencia divina.
Él, iguala su propia voluntad
a la voluntad celestial del Hacedor,
llegando al punto de ser ofrenda,
en su propia desnudez, por rescate de muchos.

Alabad la cruz de Cristo:
allí, la vergüenza del mundo
y la desnudez indigna, no caben,
en la virtud inocente del Hijo de Dios.
El cuerpo desnudo de la criatura, en Cristo,
se ha trocado en dignidad de cielo.

Si para el mundo es vergüenza,
para el cielo es valoración en gracia, de lo creado.
La valentía del amor, que redime,
supera toda vergüenza hipócrita,
en el signo ascendente al cielo de la cruz.

LXXIV

Alabad la cruz de Cristo:
en ella, el alma permanece
confiadamente desnuda ante los ojos de Dios.

Allí, la desnudez no es despojo,
sino, un goce de entrega amorosa al signo divino.
La desnudez del alma, presente ante el Espíritu,
hace ver al corazón sin doblez, y al amor sin mella.

¿Quién puede permanecer en Dios,
con el artificio de mundo gravando sobre el alma?

Alabad la cruz de Cristo:
en ella, el alma, desnuda de ficción,
convive sus actos en constante verificación con la rectitud,
en continua reposición en la verdad,
y en permanente expresión de la belleza,
siempre renovada en sí misma.

Alabad la cruz de Cristo:
por ella, se llega al punto máximo
del camino ascendente hacia lo divino;
y se llega en desnudez de sentimiento,
en lucidez de pensamiento y en vigor de voluntad.

El alma límpida deja traslucir la luz de Cristo,
y en esa luz, se cimenta la labor de la obra del Reino.

LXXV

Alabad a Cristo en cruz:
porque crucificado, y elevado sobre la tierra,
todo lo atrae hacia Él.

El padecimiento del mundo ahora padece en Él,
el dolor del pecado del alma se conduele en Él,
el gemido de la Creación gime en Él.

Porque,
la belleza de la criatura, en la Creación, ahora luce en Él;
la vedad del don de Dios, en la criatura, se justifica en Él;
la bondad de la criatura fiel se refleja en Él.

Alabad a Cristo en cruz:
bendito el abandono de Jesús a la cruz.

La Creación es fiel, cuando se asemeja a su creador;
desde que el Dios-criaturado
se asemeja en todo a la criatura, menos en aquello,
que la ha llevado a padecer y a gemir,
el misterio del pecado criatural.

La Creación,
puesta en cruz con Cristo, es realidad de la gracia,
proyectada por el camino hacia lo eterno.

LXXVI

Alabad a Cristo en cruz:
por Él, las almas, hermanadas en el Padre Nuestro,
contemplan, desde la perfección del Inocente,
la propia perfección.

El padecer de la criatura, puesto en Cristo,
es agradable al Padre, y alcanza la perfección.

El goce del alma criaturada, dado en Cristo,
expresa la felicidad como revelación de la gracia.
La vida y el fenecer de la criatura,
puestos en la pasión de Cristo, reconocen en sí mismos
la inhabitación de la gloria de Dios.

Alabad a Cristo en cruz:
el alma tiene un puesto en lo eterno del Señor.

Pues, en Él, el fin de "lo infinito" está cumplido.
Por el "consumatum est" el alma dispone, en sí,
de su propio fin.
Y a su vez, la llama hacia el cumplimiento perfecto
de la resurrección, como un regalo nunca visto,
nunca pensado, nunca oído.

LXXVII

Alabad a Cristo en cruz:
la muerte, en Jesús, muestra que todo ha sucedido,
como siempre había sucedido.

Siendo Él el eterno, es también el último.
Pues, el último Hombre realiza cuanto sus antecesores.
La muerte en Cristo dice que,
de cuanto pertenece al signo de Dios, nada ha cambiado.
En Él todo ha concluido.
Alabad a Cristo en cruz:
en la muerte de Jesús, la Creación permanece inmóvil.
Aquel, Quien todo lo tiene en sí, todo lo atrae para sí.

Alabad a Cristo en cruz:
su muerte es punto de partida, donde el "todo"
inicia el regreso a la gracia celestial.

En la muerte de Cristo, la gracia inaugura
el triunfo de la misericordia de Dios;
ella cumple, a través de la criatura,
la promesa de salvación eterna, por la resurrección.

La muerte de la criatura sobreviene a Jesús,
como siempre ha sucedido en la criatura.

Hasta la última faz del camino de ella,
ya, está repuesta en Dios, por la criatura fenecida en Cristo.

LXXVIII

Alabad a Cristo en cruz:
en Él, la muerte es hermana de la criatura.
Como un prójimo,
que auxilia con su amor en el momento del dolor,
así, la muerte corporal,
por Cristo, atrae a la criatura hacia Cristo.

En Él, la puerta segura del fenecimiento
conduce hacia lo jamás evitado de la salvación.

Alabad a Cristo en cruz:
por Él, la muerte corporal, en sí, no tiene muerte de pecado.
Es muerte intacta y plena, en "su" criatura perfecta.

El alma, hermanada a Él, y abrazada a su cruz,
es llevada por Él hacia el punto de partida;
allí, el "todo" del ser
inicia el regreso renovado, hacia el Padre supremo.
La consumación del tiempo criatural está inmóvil
en la criatura fenecida,
e inaugura al alma, hacia lo eterno de la luz divina.

LXXIX

Alabad a Cristo en cruz:
el descendimiento de la cruz de Jesús muerto
clama, y recibe la piedad de quienes son fieles
al dolor del Inocente.

Aunque tal piedad no aplaca la ira de los castigadores,
ni la apariencia tumbada de Cristo
detiene su accionar nefasto.
Porque la gracia sigue operando, a su vez,
en la muerte demostrada.

Alabad a Cristo en cruz:
ante la muerte del Inocente los seguidores padecen,
perplejos de fracaso, y los opositores,
quienes han promovido la muerte,
reinician la desconfianza;
y el recelo se alimenta, porque, a su vez,
la angustia y el dolor perduran en quienes sufren la pérdida.

Alabad a Cristo en cruz:
allí, y al descender Cristo muerto,
Él se entrega, y participa con quienes lo auxilian
a ser, ellos también, expuestos a la cruz,
y a ser blanco de los perseguidores.

Mas, la muerte de Cristo los reúne, y los consagra
a exponerse, por Cristo.

La fe, que a Él se tiene, opera en ellos,
al comprender, en Cristo muerto, a la Inocencia
en el punto más alto de la entrega.

LXXX

Alabad a Cristo en cruz:
por el descendimiento de Cristo muerto,
el alma recibe, por gracia divina,
el dolor del corazón de Cristo, ya cumplido en entrega
y en abandono amoroso.

La criatura se hermana en todo al Hijo del Hombre,
hasta poder penetrar el corazón de Jesús,
desde su propio corazón, y en identidad con Él,
igualarse hasta lo profundo de la consumación.

Alabad a Cristo en cruz:
ahora Cristo, es llevado por sus hermanos,
hasta el reposo, que sella, una certificación de entrega.
Desde su amor de hermano y de Maestro,
ha dado todo de sí por su enseñanza de salvación;
reposa, ya, en el corazón condolido de sus leales.

Alabad a cristo en Cruz:
aún, sin contar con la resurrección,
el alma puede ver, en Cristo muerto, al Inocente,
Él lo ha dado todo, hasta su vida, por la salvación.

Esta infinitud de la muerte en el amor,
promueve lo infinito de amor en la criatura;
el corazón de la criatura compungido de dolor,
es conquistado por la iluminación del amor de Cristo.

LXXXI

Alabad a Cristo en cruz:
desde el sepulcro Él ostenta un misterio,
que, de haberse entregado a la muerte de cruz,
y ante la perplejidad de sus hermanos
Él los abandona, dejando un silencio de muerte.

Alabad a Cristo en cruz:
con Él ausente, el alma de los suyos se abruma;
y el temor desconcertado provoca una descreencia;
se está ante el enigma de la infinitud, que todo lo abarca
conteniéndolo a Cristo.

Alabad a Cristo en cruz:
percibiendo tal enigma de lo absoluto, el mismo Cristo,
en su silencio, impele a los suyos, a la espera,
a aquella espera de algo, que, aunque incierto,
ya se anuncia y se presiente.

La mala fe desesperanzada del mundo
los arrincona hasta la desconfianza.
Del mundo, ya nada pueden retener no teniendo a Cristo.

Así es que, luego, no dan fe a ningún relato
por veraz que este se demostrase.
No da crédito a ninguna promesa,
que les devuelva a su Señor en presencia.

Cristo en el sepulcro ostenta un misterio tal,
que ya, constituye la esperanza de un imposible.

LXXXII

Alabad a Cristo en cruz:
Él, no abandona al alma de su hermano
librándola de su enemigo;
pero sí, la abandona a sí misma, en la confianza de que,
cuanto ella tenga de Dios, se identificará a Dios.

Él no se oculta a la criatura y sea, ella, presa
de la confusión del enemigo por no verlo a Él;
pero sí, se oculta a la criatura,
para que, ella, pueda verlo a Él en la luz del Espíritu.

Alabad a Cristo en cruz:
Él se sume en el silencio de la criatura, pues Él,
ha trasvasado el umbral de la muerte
y dado que, el silencio es reconocible,
no es mutismo de desaparición.

Y Él se silencia, no para que ella oiga
la voz del falsario, sino para que,
participando del silencio de Él,
pueda, el alma, oír en sí misma el "logos" de Él.

Alabad a Cristo en cruz:
Él va hacia lo inmóvil de lo eterno,
no para que la criatura se paralice en la carne,
ni petrifique su condición carnal de condena;
sino,
adquiera el movimiento del alma hacia lo superativo de Él,
mediante el móvil supremo de la gracia.

La obra de la gracia descansa en la perdurabilidad
de la obra del Cielo.

LXXXIII

Alabad a Jesús resucitado:
el <u>resucitado</u> se hace ver a la criatura,
solo, cuando ella reconoce en Él al Amado.
("Quien parece ser el jardinero es el Señor")

Él llama al alma por su nombre.
Ella, iluminada en el amor de Él, lo reconoce.

Jesús, durante su enseñanza, se revela en la magnitud
de Hijo de Dios.
Allí, la criatura ama a Dios en su Hijo.
Se establece y se demuestra el recuerdo del amor eterno
de la criatura, hacia su Creador;
de aquel amor de Adán inocente.

Ninguna oposición del enemigo puede evitar
que el amor de la criatura,
quiera reconocer al amor del Señor.
El recuerdo amoroso, de cuando ella fue inocente en Adán,
el creado de Dios por amor, no la abandona jamás.

Alabad a Jesús resucitado:
la criatura, que ama a su Creador,
en ese amor, vivo eternamente,
reconoce a Cristo resucitado.

El camino de la cruz
conduce hacia Jesús resucitado.
La cruz hace posible a la resurrección,
porque allí, el amor de Dios ya no esconde su luz,
sino, la anuncia como el sustento del amor de la criatura,
hacia su Creador.

LXXXIV

Alabad a Jesús resucitado:
en Él, la criatura palpita por el goce del Reino,
en presencia de Jesús resucitado.

Ella, la criatura, ya cuenta con la alegría evangélica
y con la confianza de lo ya hecho en Cristo.

El goce del "Alegraos" evangélico,
vibra en la felicidad demostrada, que ya, no necesita
ver, en cuerpo "aparecido" a Jesús, para tenerlo en el alma.

Alabad a Jesús resucitado:
la resurrección del alma en Dios,
es la obra perfecta del perdón divino.

El alma
ya posee el fruto del perdón, cuando ha llegado
al grado supremo del amor, abandonada en Dios.

El alma,
ya extinta de mundo y entregada al Espíritu divino,
está oculta en la cruz, callada en la fe
e inmóvil en la esperanza.

Desde el fenecimiento en gracia y despojada de lo temporal,
el alma, solo puede ver al amor eterno, del Reino del Cielo.

LXXXV

Alabad a Jesús resucitado:
aún, conseguida la gloria de la resurrección,
Él se queda un poco más entre nosotros,
para que, la enseñanza, sea perfecta,
y el camino al Reino del Cielo esté en todo allanado,
todo lo tortuoso sea enderezado y toda oscuridad iluminada.

La Creación se siente asistida por Él,
hasta el detalle delicado de la más fina cortesía.

Alabad a Jesús resucitado:
Él señala la certeza de que, cuanto se hace
por el Reino de Dios, está en el amor
y en la resurrección; ella todo lo perdura.
Las almas surgen del agua del bautismo,
como en la pesca milagrosa en el lago de Galilea.

Aquello, hecho por Dios está puesto en el perfecto triunfo,
y Él mismo lleva la obra de la criatura hasta la gracia,
que la perdura en el Espíritu.

No importa la abundancia de los bienes conseguidos
por quienes trabajan para el Reino,
el Señor siempre da de lo suyo;
Él, tiene reservado un regalo admirable para su criatura.

Él la espera, y cuando ella llega a Él,
la alimenta con un bocado preparado por Él mismo,
en el banquete, que Jesús celebra a orillas de la eternidad.

LXXXVI

Alabad a Jesús resucitado:
Él trae al mundo criaturado, la noticia nueva y primera
de la alegría evangélica.

Nueva, por Jesús, nacido de la Virgen María,
el Emmanuel: "Dios con nosotros",
quien renueva el acercamiento de Dios
al alma de la criatura.

Primera, pues, desde la creación de Adán,
amado de Dios y factura de sus manos, habiendo faltado Él
a la obediencia divina, el hombre, hijo de Adán,
jamás pudo decir una palabra de goce
y de alegría verdadera y definitiva, sino, tan solo, y llegado
el "Alegraos" evangélico de Jesús resucitado.

Alabad a Jesús resucitado:
la alegría evangélica es punto de partida,
de toda renuncia al mundo de la caída,
como de la entrega, en lealtad, al Señor,
y de la penitencia de la cruz hasta la muerte con Cristo.
La alegría evangélica es el fin de la fe veraz,
es la esperanza llena de certidumbre
y a ella, fluye el río iluminado de la caridad divina.

Esta alegría hace de la cruz un goce,
de la vida un fuego de amor, y de la muerte,
una ganancia de la vida eterna.

LXXXVII

Alabad a Jesús resucitado:
el alma,
bautizada en la Trinidad Santa y en la cruz de Cristo,
cuenta ya, con la divina gracia de la alegría evangélica.

El antiguo misterio de "Dios invisible",
está revelado e iluminado en Jesús, el Cristo,
"visible" en la cruz.

Alabad a Jesús resucitado:
el alma, cuenta ya, con el fruto terminal de la gracia,
y todo cuanto manifiesta en revelación crística,
es expresión agraciada de la santa alegría evangélica.

Alabad a Jesús resucitado:
la obra del alma, pacífica en la resurrección,
ya no participa de la inquietud desgraciada
de la condena.

Aún, en la cúspide de la exultación,
la obra del alma crística abundará de paz,
sin infligir la ofensa hacia criatura alguna.

La realidad del alma, alegre en la esperanza de Cristo,
ya no recurre a la exasperación
agónica e incierta de la condena,
para decir su padecer, sino, expresa el júbilo
de ver la infinitud de la cruz de Cristo,
en la eterna resurrección.

LXXXVIII

Alabad a Jesús resucitado:
la salvación de Cristo, ¡qué universo cercano
y participable al alma!

De allí que, feliz quien sin ver, cree
en el Hijo del Hombre resucitado.

La Creación recibe la salud por la cruz, y en ella
se ve la justicia de Dios.

Alabad a Jesús resucitado:
el alma puede ver el Reino del Cielo
en la semilla de mostaza, en el fermento
de la porción de harina y levadura,
en la perla preciosa del Evangelio,
en el tesoro escondido dentro del campo del alma.

Alabad a Jesús resucitado:
sin ver más allá de cuento Dios permite ver,
el alma ve, en todo cuanto la hace
hermana de Cristo Jesús, la cercanía y la inmediatez
del Reino del Cielo.

El Reino, con Cristo, ha venido a la criatura
para participar en ella, de la gracia, revelada
en la obra perdurable.

LXXXIX

Alabad a Jesús resucitado:
quien desea ver más allá
del universo de la visión común para la obra de la fe,
cuenta con una parte de la cruz de Cristo,
en el tránsito de su propia cruz.

El alma puede verificar la llaga del costado de Cristo,
en la llaga de su propio costado.
Puede verificar la llaga de las manos y los pies de Cristo,
en sus propias manos y sus propios pies.
Alabad a Jesús resucitado:
el costado del alma crística sangra con Cristo.

La cruz del alma se acompaña con aquellas otras almas,
que padecen a su lado, para dejar entrar en sí mismas
la gloria de Dios, y entrar ellas al jardín celestial,
ya, desde la pasión compartida
en unidad perpetua con Cristo.

Las almas de Cristo se hermanan al costado de Cristo,
tal como son motivo mutuo de padecer, para Cristo.

Alabad a Jesús resucitado:
la obra de las manos de la criatura cristiana,
conlleva el padecer de Cristo.
Los pies del alma cristiana siguen el camino de Cristo,
y ven la llaga de Cristo.

La resurrección perdura la gracia de las llagas,
las que, desde la cruz, conquistan el Reino del Cielo.

XC

Alabad a Jesús resucitado:
Él, va al lado del alma revelándole la noticia
de cuanto sucede en el camino, según la cruz.

Aquello que se debe padecer
está, ya, explicado en sí mismo,
y perpetuado en el recuerdo del alma.

Mas, Jesús, no deja de justificar, él mismo,
el alto motivo de la cruz.
Ningún dolor queda sin justificación,
para la certeza de la cruz.

Alabad a Jesús resucitado:
Él, viene a la criatura, cada vez que el amor de Dios
quiere participar con el amor criaturado,
del porqué superativo de la cruz.

Él camina al lado del alma, su amiga y su hermana,
para que, el corazón criaturado
sienta el fuego espiritual de su amor;
y al oír la palabra divina del Evangelio,
encuentre el motivo de aquella devoción,
que conduce el dolor
hasta las puertas del cielo (por la cruz).

Alabad a Jesús resucitado:
así el alma sea tardía de corazón,
Él acompaña a su criatura hasta el fin del camino,
y mueve en ella, la diligente compasión;
y aún, no reconociéndolo a Jesús,
dado el secreto de su asistencia,
el alma lo llame a Él, y le diga:
"Quédate con nosotros, porque es tarde
y el día ya declina"; para luego comer
del mismo banquete del pan celestial.

XCI

Alabad a Jesús resucitado:
¿qué misterio asiste al alma, cuando, en ella, se manifiesta
la incomprensión de la cruz, y la voluntad adversa
de oponerse a la cruz que se posee?

Mayor será este misterio
si, igualmente, el Señor no amengua en nada
el mérito, que le significa la cruz, para esta alma.

Tal vez, este mérito le sea verídico
ya que, aún no queriéndolo, cumple con el mandato,
pues allí, el sufrimiento es mayor.

Alabad a Jesús resucitado:
si el alma no quiere justificar su cruz
y niega la motivación y el fin de la cruz,
pero en la batalla de oposición
cumple igualmente con la cruz,
porque no abandona y es fiel al amor,
Jesús,
aún ante el enigma de todo proceder,
no deja nunca de explicar al alma
sobre el misterio interior de la cruz.

Es fiel el hijo:
quien, ante el mandato del padre se niega,
pero luego en secreto va, realiza y obedece.
El Señor, quien ve en lo secreto, da su recompensa.

XCII

Alabad a Jesús resucitado:
por Él, las almas bautizadas en la Santa Trinidad,
en el agua y el fuego del Espíritu,
son propagadoras del Evangelio.

El mandato de Jesús:
"Id, y predicad el Evangelio"
se cumple, en la lealtad del alma fiel a Cristo; y así,
como, ni vida, ni muerte, ni criatura
puede separar al alma del amor de Jesucristo;
dada la unidad de ese amor no se evitará, que el alma
propague la verdad evangélica.

Toda alma cristianada, que realice
hasta la oración más pequeña o más íntima
ante Dios, participa del banquete evangélico.
Si el ejemplo del alma es demostrado
ante sus hermanos o ante toda criatura,
ese ejemplo es propagador de la verdad del Evangelio.
En la videncia de tal verdad el alma puede ser imitada,
y tan deseable de imitar
como al mismo Cristo, que convive en ella.

Si su ejemplo es secreto, y su oración en la obra
no se demuestra, sino se esconde,
la fidelidad opera en lo interior
y allí, confirma la fe en Cristo;
su ejemplo, pues, se manifiesta en la videncia del Espíritu.

El servidor fiel sirve desde su lealtad.
Hasta la más pequeña oración crística,
perdura, y oculta en lo invisible
es visible a los ojos del Creador.

Toda criatura fiel a Cristo cumple con su mandato amoroso:
"Id, y predicad el Evangelio".

XCIII

Alabad a Jesús resucitado:
quien cree en Jesús resucitado,
cree en Jesús encarnado en la Virgen María.
Si se cree en Jesús, se cree cuanto se dice de Él
en Moisés, los profetas y los salmos.
Quien espera en la resurrección,
cree en la potencia única e infinita
del Hijo de Dios, el cual tiene bajo su poder
cuanto hay en cielos y tierra.

El alma, viviente de mundo, no ha visto aún
la resurrección eterna de Cielo
pero si su visión penetra a Moisés,
los profetas y los salmos, solo espera
la perdurabilidad eterna de la salvación en el Mesías.

Alabad a Jesús resucitado:
quien cree en ello, cree en la palabra de Jesús;
el Evangelio es, pues, el sustento y la superación
del alma abrazada a Jesús.
Si su visión penetra el Evangelio,
sin ver, cree en la resurrección de Jesús.

Quien ama a la resurrección de Jesús,
ama allí, a Dios Padre, en la revelación del Hijo
y en la inspiración del Espíritu.

Quien ama según la caridad divina
y juzga según la medida de Cristo,
cree en su revelación eterna.

Quien se ofrece en amor a Cristo Jesús resucitado,
conquista el bien insuperado
de conocer el misterio de los dones de Dios.

La vida crucificada de la criatura leal a Jesús,
solo espera ser parte
de la gloriosa resurrección del Hijo de Dios.

XCIV

Alabad a Jesús resucitado:
en Él, lo criaturado, que antes padeciera en cruz,
en nada lo ha denigrado, sino, y más bien, enaltecido.

Dado el misterio de la resurrección,
el padecer es triunfo, el dolor del alma es amor,
y la muerte ignominiosa del inocente,
un mérito para la vida eterna.

Alabad a Jesús resucitado:
el cuerpo, que ya, ha pasado la cruz,
permanece en el triunfo del amor,
el cual lo sostiene en la constancia de lo perenne.

Las llagas de la cruz se iluminan,
por aquella fuerza virtuosa que, el Padre, asigna al Hijo,
al resucitarlo de entre los muertos,
los cuales, ya tumbados, ellos, por sí mismos,
a nada pueden resurgir, si no actúa Dios,
y si no existe un mérito que lo justifique.

Alabad a Jesús resucitado:
el cuerpo glorioso de Cristo
glorifica a la criatura de Dios,
para gozar el banquete de la eternidad resucitada.

XCV

Alabad a Jesús resucitado:

la obra agraciada de la criatura, fruto de la cruz, en Cristo,
posee el don de permanencia en el Espíritu,
el cual promueve, como culminación de la cruz,
la resurrección;
ella es fin supremo de toda operación de amor evangélico.

Alabad a Jesús resucitado:
la obra de la criatura es plena y eterna,
si es fruto de la cruz de Cristo;
y en su "presencia" junto al Espíritu,
no pasa, sino se sostiene en el eterno sustento
de la resurrección de Cristo.

La resurrección subyace,
en el fin de toda operación de amor fiel a la cruz.
Alabad a Jesús resucitado:
aunque la cruz de los tiempos se interponga
a la obra de la criatura, ya puesta en gracia de Cielo,
esta gracia de la obra perenne, ya realizada en el Espíritu,
sostiene a la obra, la cual aun estando en gracia,
pende del tiempo.

La gracia, en lo perenne de la obra
justifica y espera a la obra que, aún, contienden en la cruz.

Ambas, hermanadas, por la luz del Evangelio,
por la esperanza en Cristo
y por el amor del Supremo Hacedor.

XCVI

Alabad a Jesús resucitado:
Él acerca el Reino del Cielo al mundo criaturado.

El cuerpo; continente; un atado de materia.
Tejido; lazo, que liga lo intrincado,
en esa lanzadera prodigiosa de las fibras.

Prodigio orgánico, transita, sin tardanza,
el continuo movimiento del nacer.

El cuerpo. Se sostiene y se entretiene
en lo perdurable de lo creado, por la sublime Forma.
Desde ella, por la luz del Espíritu, viaja por la creación
hacia el punto más alto donde, allí, espera el Creador.

Alabad a Jesús resucitado.

El "logos" de Dios, el Verbo hecho carne,
manifestado en el Evangelio de Jesucristo,
justifica y promueve todo tránsito
hacia la altura más alta de lo infinito.

La criatura transita desde lo más bajo de su realidad;
y aún, ligada al combate de lo humano,
Él promete el encuentro con lo eterno.

Desde el cuerpo continente, por la cruz de Cristo.
Desde el alma activante, hasta la resurrección
en vida eterna.

XCVII

Alabad a Jesús resucitado:
el lazo humano del sentimiento entre las criaturas,
agrava el ascenso hacia el supremo grado de lo eterno.
En su gravedad, padece el tránsito del fenecimiento.
El fenecer en lealtad de sentimiento
es mortificación de cruz.

El lazo del amor de las criaturas,
por la cruz, consigue ascender hasta una ofrenda de caridad.
Es mérito, la mortificación por el Evangelio de Cristo.
Si es más la caridad, más la renuncia.
Y digna la alabanza hacia lo creado, criaturado.

Digna, si el ímpetu de la carne
se proyecta en la alabanza del Creador,
por más grande el padecer de cuanto fenece en la criatura,
en todo tránsito corporal.

Alabad a Jesús resucitado.
El tejido inmensurado del amor humano,
si fiel al amor de Cristo, quiere ascender
hacia su permanencia en la luz del Espíritu,
fuente de amor para lo amado, para siempre.

XCVIII

Alabad a Jesús resucitado:
La obra de la criatura,
aquella que es fruto del interior del alma,
inspirada en el Espíritu y partícipe de la gloria de Cristo,
posee, ya, el don de la vida eterna.

Mas, la obra criaturada,
ya puesta en el término de lo perfecto
de su perdurabilidad, no puede ser penetrada,
ni revelada, en su magnitud de infinito,
sino, cuando haya ascendido al Padre
ya, en el fin de su temporalidad.
No es más pertenencia, ni autoría,
para ser camino a lo eterno creado.

Alabad a Jesús resucitado.
Así como Cristo no puede ser tocado,
sino después de haber subido al Padre,
también, con Él, sube la criatura
que haya concebido en su interior
la realidad de la obra en lo bueno;
cuanto comparte el mérito de Cristo.

Así como la criatura asciende más allá del suelo,
asciende la obra de la criatura, la cual sea fruto de la gracia
en Cristo Jesús.

Allí, será la penetración sin medida, en la luz,
que es plena en sí misma;
se explica a sí misma en plenitud, y se expresa para siempre
en el bien eterno.

XCIX

Alabad a Jesús resucitado:
cuanto hace la criatura en este mundo, transita inevitado
hacia un olvido, en el tiempo.

Transita por la ceguera de la criatura encarnada, quien
como cegada, va, por lo espiritual
desde su propia oscuridad.

Para revelar lo perdurable debe penetrar en lo hondo
de su propia inmensidad,
al interior de su oscura conciencia.
Desde allí, ha de ver la luz, que la conduce
al Reino de la luz.

Al cristo resucitado, al Cordero del más alto trono de la luz,
no se lo puede revelar, sino por la llama del creer.
Creer, que su amor asiste en infusión del desierto del alma.
Él es luz, y alimenta a la luz.
Guía a la criatura, quien perteneciendo a Él,
él asiste; ama a lo suyo, siendo la luz, atrae a su luz.

Alabad a Jesús resucitado. Si Cristo no puede ser tocado
sino, cuando haya ascendido al Padre,
por el Evangelio asciende a su luz.

El Evangelio contiene lo perdurable,
y en medio de nuestra oscuridad es luz de Cielo.

El Evangelio anuncia a la resurrección,
desde la venida de Cristo, desde lo eterno.
Aunque la criatura se hunda
en su propia ceguera y más allá,
no vea, sino, olvido y fenecimiento,
espera lo eterno de Cristo,
en las figuras y la infinitud del Evangelio.

Cristo, prodigio de eternidad.
Cruz, luz de vida hacia la luz de Cristo; La Luz.

C

Alabad a Jesús resucitado:
Él está siempre con nosotros hasta el fin de los tiempos.
<u>En lo invisible de lo eterno;</u>
Jesús está entre sus criaturas, propagando su amor,
el amor de Dios, eternamente.

Tanto en goce, como en padecer de amor,
Jesús, se interpone, como el amor perfecto.
Desde su amor, ama a las criaturas,
y promueve, para gloria de Dios,
el amor, entre las criaturas, mediante, allí, la cruz.

Alabad a Jesús resucitado.
Él está siempre con nosotros hasta el fin de los tiempos.
<u>En lo visible de lo eterno.</u>

Jesús resucitado
está en la generación de la obra criaturada.
Él, fuente inagotada del "logos" de Dios,
sin acrecentar la gloria de Dios dado su infinito, eterno,
cada vez, en grado superior, la revela, en su perfección.

La obra de las manos, fruto del amor interior del alma,
y de la perseverancia laboriosa, que aspira a la cruz,
aspira a Cristo.

Así, glorificar a la criatura en Cristo, para el Reino Celestial.

CI

Alabad a Jesús resucitado:
La ciencia del cielo habita
en el corazón de Jesús resucitado.

La llaga del costado de Cristo
había reservado desde lo eterno,
aquel amor, ahora manifiesto;

dada la muerte y la resurrección.
Alabad a Jesús resucitado y a su Corazón sagrado,
porque, toda obra de cielo y tierra,
que proclame al Creador, ha sido, antes, amada,
en este sacrosanto lugar que Jesús reserva en su corazón.

Alabad al corazón de Jesús resucitado;
por que es fuente de la divina misericordia.

Él, apiadándose de la criatura caída,
la lleva hasta lo extremo de su amor.

El amor de Jesús, no solo da vida eterna,
sino también la "substancia" (insubstancial)
de esta eternidad.

Es decir, dada la obra, Dios, en su gracia,
le otorga existencia en su divinidad,
desde el amor divino del corazón de Cristo.

Mérito, saber, entrega, amor, ciencia, padecer y gloria.
Cruz de Cristo. Corazón de Cristo.

CII

Alabad a Jesús resucitado:
El alma, en su oración interior,
se sabe esperada por un amor,
superior a todo deseo del alma.

Si este amor es recóndito y entrañable para la criatura,
es manifiesto y actuante para Dios.

Alabad a Jesús resucitado.
El alma se sabe obediente al pulso de una virtud;
y atraída por una fuerza.

Llamada por esta fuerza, bien, plenitud, el alma, por sí,
podría equivocar el camino,
en la seducción funesta del maligno.

Mas, no consigue distanciar
la fuerza de tal virtud, aunque en algo amenguarla.
Así se la desvíe, la gracia de Dios no abandona al alma,
por el camino hacia lo supremo en Dios.
Si el alma niega y reniega de la fuerza de este amor,
invisible de lo eterno,
le sobreviene un padecer en lo invisible,
no siempre dado en dolor o en pena,
mas, sí, en agobio y gravitación en luz de alma.

Alabad a Jesús resucitado;
el alma se sabe llamada por un fuego ardoroso de amor.
Allí sustenta la propiedad de su ser,
para valerse en lo transitorio con el valor de lo eterno;
y valer en lo perdurable
con el pulso de lo viviente, en gracia.

CIII

Alabad a Jesús resucitado:
Hay un signo del tiempo que miente,
sobre la ineficacia de la gracia de Dios
en la criatura; y sujeta al temor por la catástrofe.

Hace a Dios, inepto para actuar sobre lo creado;
y a la criatura, una engañada
por la exigencia engañosa de la vida.

Hay un signo del tiempo
verídico, en la realidad de la cruz de Cristo,
que hiere y duele duramente cuando tal signo de cruz
hace oposición a la mala fe.

Pero, la certeza de la cruz es la realidad de la gracia eficaz;
y el signo veraz llena de esperanza
en la fuerza agraciada.
Sinceridad de entrega al tiempo veraz de la cruz,
y mucho se ama la Creación;
sea en la contingencia del dolor o el acaso del amor gozoso.

Alabad a Jesús resucitado.
El signo eterno del cielo refleja el signo de todo tiempo.
Tanto en la gracia veraz,
como en la catástrofe del fracaso del mundo,
hace del acto criatural, un signo y un foco radiante,
en la luz de la gracia.

En la desgracia del alejamiento de Dios,
el signo se disuelve, confuso, en el tiempo que se acaba.

En gracia del don divino, el signo se eterniza,
en triunfo de cielo.

CIV

Alabad a Jesús resucitado:
Si Él viene a rescatar a la oveja perdida,
y cura sus heridas, lo pequeño de la criatura
es digno de Cristo.

Si Él asiste, en cada alma que padece,
lo humilde del alma, que se humilla en servicio a los hermanos, es digno de Cristo.

Si Jesús viene, a ser alimento
del alma de muchos, lo común de la criatura,
que, por común, está en el fulgor comunicado a muchos,
y "vulgar" por condición de sencillez de amor,
es digno de Cristo.

Alabad a Jesús resucitado.
La pobreza de la vida criaturada,
amante de lo creado, y en mérito
de aspirar la vida en el Espíritu,
es digno de Cristo.
Lo despreciable para el interés
de la opulencia falsa del mundo, que, despreciado,
tenga reposo en la mirada sin falla de Cristo,
es digno de Cristo.

Lo abandonado por la soberbia
tejedora de ilusión, en falsía, que, en abandono,
florezca bendita, en soledad de alma,
es digno de Cristo, por abrazar a la cruz,
conductora de toda dignidad celestial.

CV

Alabad a Jesús resucitado:
Ninguna criatura, fiel, puede desoír
la alabanza de otra criatura, que pasa por el camino,
y muestra el prodigio de ser parte de la Creación.

Solo le basta, a lo creado, reconocerse a sí mismo,
para reconocer allí, a su Creador.
Cada criatura, en sí misma, reconoce a su Creador,
reconociéndose Creación.

Bienaventurados los que lloran,
pues, lloran sobre sí mismos, y en sí mismos,
participan de la cruz de Cristo;
y en sí mismos, ven al Hijo de Dios.

Alabad a Jesús resucitado.
Bienaventurados los pobres de espíritu,
la pobreza los hace poseerse,
y solo a sí mismos, siendo pobres hasta de sí mismos.

Allí, comparten a Cristo en cruz.
Jesús posee, por sí solo, a su "criatura" inocente en Dios,
por encarnación divina, Hijo de Padre,
e Hijo de la Virgen María.

Alabad a Jesús resucitado.
La alabanza del Hijo de Dios, no es desoída
por ninguna criatura, en la perfecta pobreza de la cruz.

CVI

Alabad a Jesús resucitado:
En Él, toda criatura viene al convite del agradecimiento.

Los peces del mar viven el signo de su Creador;
semejantes al alma bienaventurada,
sumergida en el mar de la fe.

Los animales del campo viven el signo criaturado;
semejantes, a la obediencia del alma bienaventurada,
siguiendo el instinto natural, y el instinto sobrenatural.
Se percibe, confiadamente,
la esperanza en la vida perdurable.

Alabad a Jesús resucitado.
En Él, toda alma creada,
desde el infinito misterio del Creador,
viene al banquete del agradecimiento.

Se vive el signo de la propia vida, entregado a la luz;
de ser, en la existencia.
La entrega tiene su ser, en el amor del Creador.

Él, alimenta, con su revelación, a la justicia de la vida fiel.

Semejante a Dios;
semejante su luz, a la luz de Dios,
en el alma bienaventurada, en la esperanza
de la resurrección de Cristo.

CVII

Alabad a Jesús resucitado:

Él, primicia de toda primicia de la Creación,
entra al claustro del alma.

Si el alma, cerrada en sí misma, ha cerrado las puertas,
por no dejar entrar al desencanto de la mentira,
con su oscuridad confusa.

El alma espera.
Y su espera encierra una incertidumbre.
En esa incertidumbre, espera a su Señor, ausente,
en la oscuridad del alma, presente, en la luz del alma.

Ella, espera, cuanto viene de aquella promesa inconclusa
de la eterna salvación. La antigua promesa.

Alabad a Jesús resucitado.
Él, trae la luz revelada. Él concluye toda promesa en Dios.
A su llegada, en luz de infinitud,
traspasa las puertas del alma.

El alma, uncida en sí misma,
y cobijada en el claustro de su propia oración.

El Señor llega, en la bondad de la noticia,
aquella noticia que, el alma, la sabe ínsita en su interior.

Allí, la enseñanza ya revelada, es instrucción, que culmina,
hasta el don del Espíritu.

La obra de la criatura, salida del propio encerramiento,
también es criatura, en la generación admirable
de la obra, en gracia de Dios.

CVIII

Alabad a Jesús resucitado:
Él, se hace ver al alma, y deja, en ella,
el signo de su gracia,
como impregnación de una semilla fructífera.

Jesús resucitado, triunfante
por la cruz y la vida perdurable,
se hace presencia, como elección divina,
en la voluntad salvadora de Dios, fuente de misericordia.

Jesús, se hace presente amoroso,
como elección de cruz en la penitencia,
confiada de resurrección, por la gloria de Cristo.

Jesús se hace compañía de amor,
como elección duradera por el signo indeleble e intocado
de la obra de Dios.
Signo interior, en la criatura, y por ella expresada.

Alabad a Jesús resucitado.
Antes de subir a los cielos,
se aparece muchas veces a los suyos.

Hace signos admirables,
después de su gloriosa resurrección.

La criatura reconoce a Jesús resucitado,
cuando ve, en su amor divinizado,
la cruz, que sobrelleva el dolor presente.

Allí, la criatura, ve la gracia perdurable
en el "siempre" de ese amor.
Semilla del Reino de los Cielos.

CIX

Alabad a Jesús resucitado:
En Él, se funda toda enseñanza del Reino del cielo.

En su amoroso mandato,
de enseñar el Evangelio a los pobres,
hay una constancia en la atención,
y una continua asistencia amorosa de Jesús maestro.

Un asistir, en la revelación de la gracia.

La gracia evangélica se anuncia renovándose.
Siendo perdurable, siempre se dice perfecta.
En sí, la gracia crística expresa siempre
una genuinidad y una sencillez original.

Alabad a Jesús resucitado.
Él instruye, con la revelación del Evangelio.

En aquellos que aman a Jesús,
se cumple el mandato amoroso del ejemplo.

Ese ejemplo demuestra abiertamente
al Evangelio de Cristo, en la vida de Cristo,
en la muerte de Cristo en cruz,
y en la resurrección de Cristo.

Jesús maestro;
del principio, en todo principio; del fin, en todo fin.

Él, sube a los Cielos, para ser glorificado plenamente.
Con él, son glorificados cuantos lo aman.

CX

Alabad a Jesús resucitado:
quienes lo aman, están con Él en el camino de la vida eterna.

Quien ama la cruz de Cristo, está con Cristo.
Quien ama la obediencia de Cristo,
está con Cristo;
pues, en la obediencia, convive la rectitud manifiesta;
y por ella transita la perfección de la Creación de Dios.

Todo cuanto se devuelve al Señor,
a su divina presencia, se restituye a la pureza creacional;
y es perfecto en obediencia

Obediente es Cristo; viene al mundo
a rescatar lo perdido, a enderezar el camino sinuoso,
en el viaje del alma hacia Dios.

Quien ama la pobreza de Cristo
está con Cristo, en la exactitud precisa y perfecta
de cuanto está completo en Dios.
Sin aditamentos de mundo, ni falencias legales,
que imperfeccionan las cosas del cielo.

Toda ley humana, si regla la gracia,
la oscurece, hallando imperfección,
donde hay término revelado.

Cuanto se contiene,
en la propiedad agraciada de la criatura,
pertenece a la pobreza de la criatura.

Cristo, pobre, viene al mundo,
por plenitud de gracia divina.
La cual, perfecta, no admite aditamentos que la abunden,
ni contiene fallas que la desmerezcan.

CXI

Alabad a Jesús resucitado:

Quienes lo aman están con Él en la vida eterna.
Quien ama la castidad de Cristo está con Cristo.

Puro, es cuanto vuelve a su principio,
a la original pureza.

Cristo es casto en cuanto es todo amor.
En su fidelidad sin tacha, viene al mundo a purificar,
a aquello impurificado en la desobediencia.

Él restituye el principio a todas las cosas; y allí, Él,
todo lo renueva.
Quien es puro como Cristo, como Él, desea ardientemente,
que todo sea puro; de allí que:
Quien ama la caridad de Cristo, está con Cristo.

El amor, el cual obra en Cristo, conquista el bien de Dios
para la criatura.

Jesús resucitado es la realidad de la caridad divina,
inmolado por los suyos.

En el amor de Cristo:
la obediencia es revelación; la pobreza, perfección de alma;
la castidad, unidad de amor, para hallar la obra buena,
en el camino hacia el Reino de los Cielos.

CXII

Alabad a Jesús resucitado:

Él, acompaña a la criatura por el camino,
hacia la certeza de la luz.

Jesús resucitado, desde lo perdurable de lo eterno,
ilumina toda sabiduría en la gracia divina.

El resucitado, desde el siempre inacabado,
guía a la criatura por la senda que transita, cierta, la luz.
Jesús, se da a conocer, en el ardor amoroso
del corazón de la criatura.

Desde su secreta adivinación la criatura, desde su corazón,
invita a su Señor.
Lo llama, desde ese secreto interior,
cuando ve declinar su propia luz.

Alabad a Jesús resucitado.
Por el camino de la luz, Él, no se da a conocer abiertamente,
sino, ante la luz interior de la criatura,
(donde está toda la criatura).

Él, revela la sabiduría de lo ya determinado en Dios.
Y da su luz, por lo ya significado en la criatura.

Si la persistente porfía del alma
no se asegura en la certeza providente del Señor,
el Señor no abandona.

En medio del camino Él, ilumina, y llama
hacia la sabiduría de su divina gracia.

CXIII

Alabad a Jesús resucitado:
El día declina sobre la cruz de la criatura.
Viene la noche con su misterio.

El cielo criaturado posee un misterio de incertidumbre.
Silencio amoroso del Señor que manifiesta
su divinidad, hermosa hasta el éxtasis.

Tal misterio en tal silencio
conquista la generosidad del alma creada,
mediante la invitación revelada del presentimiento;
y la ilumina de compasión fraternal.

Alabad a Jesús resucitado.
¡Cómo asiste el Señor a su criatura!
Comparte con ella el Cuerpo de Cristo,
y con su misterio de presentimiento la despierta.
El Señor despierta a la gracia en el sentimiento presentido
viviente en su misterio.

Siendo el alma partícipe del cuerpo divinizado de Jesús
sube hasta el silencio del Señor,
el silencio del Verbo, que en su silencio dice cuanto ya dijo
por gracia revelada, y cuanto dirá por esperanza cierta.

Tal fuerza divina conquista y enamora a la criatura.
Por bien de conquista llama;
y ante el llamado la criatura apetece;
por deseo de misterio que llama,
la criatura gana en mérito para ver,
más allá de todo misterio y de todo silencio,
la gloria resucitada del Verbo amoroso
que conquista en lo eterno.

CXIV

Alabad a Jesús resucitado:
Por Él, toda lengua proclama la gloria de Dios.

En Él, la gracia resucitada
que ha vencido al mundo por la cruz,
renueva todas las cosas.
La gracia atrae todo hacia sí,
e infunde el Espíritu que renueva la vida.

Lo creado en lo temporal es bueno,
por ser lo mejor de cuanto existe en lo temporal.
El alma que anima lo temporal es excelente
por ser la acción mejor de lo creado.
La gracia que alimenta al alma es excelentísima
por ser lo más alto que permanece en la acción de lo creado.

Lo creado que se pronuncia en Jesús resucitado,
expresa un signo de la Creación que permanece en la gracia.
Se anuncia a sí misma
en comunión con el Espíritu fuente de vida.
En la permanencia del Espíritu (dador de gracia)
reside toda inspiración y mora toda realidad de obra.
Si existe lo nuevo, existe lo viejo.
La criatura transita lo bueno, lo excelente
que la hace actuar y lo excelentísimo
que la hace permanecer.

Alabad a Jesús resucitado.
el sello del bautismo y la fe en el Señor Jesús
resucitado, bastan a la criatura
para inventar y propagar la verdad evangélica.
En esa verdad se dice la nueva lengua de la obra eterna.

Cuanto es rescatado por la resurrección de Cristo,
reside en la renovación del Espíritu,
el cual induce la gracia que sustenta
la obra nueva y perdurable.

Por Jesús resucitado, conquistador de la gracia,
toda lengua proclama la gloria de Dios, en lo eterno.

CXV

Alabad a Jesús resucitado:

promueve en la criatura la facultad de <u>entendimiento</u>,
como un don de la gracia del Espíritu,
que da a conocer el saber que encierra la obra criaturada.

Allí, origina lo diverso:
y por entendimiento se ilumina la realidad de la obra.

Consecuencia de cuanto ha sido volcado
como gracia en la obra, ("algo" excelentísimo,
condición de perdurabilidad).
Lo diverso en la obra. La unidad en la gracia.

Lo diverso difunde el bien de la obra,
la cual reúne, por su saber,
a aquellos que están unidos al Espíritu.

Alabad a Jesús resucitado:

Él se manifiesta en la criatura, para percibir,
desde ella y por el bien de ella, su propia diversidad,
en la obra que Él mismo ha promovido
por fruto original de la gracia.

Te alabo Señor,
por la sencilla facultad que facilita recibir
en el entendimiento de la gracia,
el entendimiento del Reino del Cielo
ya, en este mundo.

CXVI

Alabad a Jesús resucitado:
Él difunde en el alma la nueva lengua del corazón de Jesús.

Aquella nueva lengua
que asiste a los que van alentándose en su corazón
llevándolos por el sentimiento hospitalario
hacia la iluminación del alma, para entender la pobreza
en la perfecta castidad.

La nueva lengua de la sencillez pura
de la pobreza de alma, habita la morada de lo "fácil",
aquello que, por facultad, se facilita y se da por entero.

Alabad a Jesús resucitado.
A la nueva lengua del corazón de Jesús,
solo le basta una condición en la fe,
para alcanzar un punto en la infinitud del camino.

Solo le basta un puesto en la esperanza
para conseguir un grado en lo eterno de la verdad.

Solo le basta una entrega en el amor
para conquistar la devoción perfecta del Cordero,
y justifique todo bien por la gracia sencilla
que faculta a la obra criaturada.

CXVII

Alabad a Jesús resucitado:
en su santo NOMBRE la criatura
tiene el poder iluminado de retornar a la pureza original,
y el poder generoso de devolver a las cosas,
alteradas en la confusión de la falsía,
la sencillez de lo verídico que perdura en la obra.

Por el mismo poder, fundado en el santo NOMBRE
de Jesús resucitado, la disgregación disolutiva
del germen pernicioso de la mentira,
es expulsado de la obra de la gracia.

La contraria naturaleza ilusoria
se disuelve en su propia nada.

Alabad a Jesús resucitado.
Quien cree en su NOMBRE,
aquel poder de "expulsar al demonio"
es la señal que hace activa la fe
para la perdurabilidad de la obra; hace cierta a la esperanza
para utilidad compasiva de los bienes de la salvación;

y hace verídico al amor entregado
para engrandecer al alma cristiana en Dios.

CXVIII

Alabad a Jesús resucitado:
Quien pueda decir de corazón la palabra CRISTIANO
posee sobre sí el efecto, consecuencia o señal,
de cuanto esta palabra significa.

El verdadero cristiano es seguidor de Cristo, es decir,
ya cumple el tercer grado del mandato de Cristo:
"Quien quiera seguirme
– renuncie a sí mismo,
– tome su cruz
– y sígame".

Seguir a Cristo en la renuncia amorosa
y en la pena agraciada de la cruz,
es como seguirlo en la generosidad del bien
que los dones de Dios puedan fructificar.
Seguir a Cristo en la renuncia amorosa
contiene la imitación haciendo cuanto hace Cristo,
realizando cuanto Él realiza, viviendo como Él vive,
en la practicidad lineal y sabia
del poder salvífico de Jesucristo.

La falsía, en camino de contradicción y muerte,
no podrá subsistir bajo una misma luz.

Alabad a Jesús resucitado.
Quien cree en su NOMBRE
tiene "poder para expulsar demonios",
para éx-sito de la gloria de Dios en el alma cristiana.

CXIX

Alabad a Jesús resucitado:
Quien pueda, con buena voluntad,
oír la palabra "CRISTIANO" recibe
una certeza en el poder de la gracia
propagada en bien de un alma hermanada en Cristo.

Recibe sobre sí un poder que impulsa
al don activo de la gracia, el cual despeja de confusión
y aleja del desconcierto.

Se recibe el NOMBRE, el cual, poseyéndolo en el alma,
allana todo impedimento para poseer, ciertamente,
la esperanza de salvación.

Alabad a Jesús resucitado.
De oír el NOMBRE de CRISTO, definiendo a un alma
hermana en ÉL, como CRISTIANO, esa alma
ya puede ser objeto de la salvación de Cristo;
y, a la vez, ser sujeto propagador
de la verdad evangélica, dado que, en su vida,
se ha Inter.-puesto el poder omnímodo de Cristo.

Se echa afuera a la ilusión perniciosa
para aclarar, en bien, el poder hacedor
de la gracia de Cristo en el alma cristiana.

CXX

Alabad a Jesús resucitado:
en Él permanece el signo de lo "escrito" en lo sagrado;
y cuanto fue escrito en la palabra de Dios
permanece en el signo de lo eterno.
Quien se funda en lo "escrito"
se funda en la sagrada palabra y en el "Logos".

Aunque tal designio
no aleje del alma cristianada la realidad penosa del pecado,
ni el dolor de la falta mísera, en otro camino
del cumplimiento de la "palabra",
acerca hacia la gracia operante del Señor.

Alabad a Jesús resucitado.
Quien permanece en el signo del "LOGOS"
y en la operación agraciada, dispone del bien.

Confirma al fruto en lo cosechado,
de cuyo bien, selecciona lo perdurable y lo activo.
Así lo circunde lo pernicioso,
entre lo transitorio que entorpece,
si permanece en la gracia, actúa en la gracia.

("Tomará a la serpiente")

Si el alma permanece en el signo de Cristo,
tiene la propiedad de manipular el trigo y la cizaña,
para la selección de lo perdurable
en la paz de la gracia divina.

CXXI

Alabad a Jesús resucitado:
Quien ha sido embebido en el agua del bautismo
y ha sido embebido en el óleo crismático,
toda bebida que, degradada
hasta el doliente menoscabo, penetra en el alma bautizada,
tendrá ocasión de embeberse nuevamente en sí misma
y hasta pueda alcanzar su calidad pura del origen.

Quien permanece en Cristo, no le daña ninguna bebida
impregnada en la mala fe; aunque le pese el dolor.

En la buena voluntad del signo de la cruz,
el alma fiel puede participar
del dolor agonizante de lo degradado,
y tener así, ocasión de co-laborar
en la obra redencional de Cristo.

Alabad a Jesús resucitado.
Quien permanece en el NOMBRE de CRISTO,
así sea embebido en el padecer mortífero del mundo,
a él no le daña, sino, y a través de él,
puede redimirse en Cristo cuanto se ha alienado
en la soberbia que agoniza de condena.

Si, tomando por el camino de la santa mortificación
se llega a la gracia de la cruz salvadora.

CXXII

Alabad a Jesús resucitado:
La Creación subsiste en él, y toda criatura
subyace en lo interior de Cristo.

La gracia divina viene al mundo de la criatura,
y tanto alma como cuerpo criaturado
poseen el don de la gracia, aquel don de transmitir
o enviar a través de un emisor el bien criaturado.
Alabad a Jesús resucitado.

Función agraciada de lo corpóreo,
acción congraciada de lo táctil, operación graciosa
de la mano que toca, y puede amparar al pobre,
para agraciarlo en su pobreza;
puede sanar al enfermo en saludo de la gracia,
y compadecerse del desvalido cuando la mano
convalida un fin de castidad.

Ilumina la gracia la caricia amorosa
del amor crucificado en Cristo
y salvado en lo eterno de Cristo.

Eleva al don de la gracia la mano
que impone, por la buena fe, el bien que se difunde
desde Cristo a la criatura cristianada.
["Impondrán las manos . . .
y quedarán sanos".
Les darán el bien.]

CXXIII

Alabad a Jesús resucitado:
Bendito Jesús que su bendición desciende sobre el justo.

¿Cuánto mérito recibe de la bendición de Cristo
quien más la necesita, para merecer la gracia?

Alma descarriada del bien,
desanda el camino de la desdicha.

La des-gracia recae si se ha perdido la firmeza,
en la interior esperanza, aquella esperanza ínsita en el alma.

El enfermo desdichado, enfermo del alma,
si ha perdido el goce del bien perdurable
necesita de la "palabra buena"
cuya ben-dición le infunda firmeza,
y así, saber esperar el bien que merezca,
por fiarse de la gracia.

Alabad a Jesús resucitado.
Se honra a Jesús cuanto más gracia de perdón
sale de Él para salvar al alma criaturada.

Se honra al cristiano
quien, pudiendo distribuir y administrar
la bendición potente de la potencia de Cristo,
lo hace por aquellas almas hermanas,
las que, habiendo perdido la certeza de la esperanza
y padeciendo una falsía, puedan, benditos,
al recuperar la salud por la bondad
de la palabra de Jesús, el Hijo de Dios,
emprender el camino de salvación.

CXXIV

Alabad a Jesús resucitado:
Él distribuye todo bien que eleva a la criatura
y la desarraiga del mal.

Quien cree en Jesucristo posee su señal
como transeúnte del camino de la luz,
y rescatar o hacer permanecer el bien,
en aquello, que, bendito por su obra buena,
ha sido alumbrado para mayor gloria de Cristo.

Alabad a Jesús resucitado.
Acompaña y sustenta a la obra del alma.

Aquella alma que, habiendo surgido
de la hondura del abismo sube la cima de la gracia.
Alaba el alma al Creador, eternamente,
en este mundo, a través de las criaturas
que transitan el camino de la cruz;
para lo eterno, más allá, en el Reino de Cielo,
ante la luz del rostro divino del Señor,
y su Madre, la Virgen María;

así la obra del Padre omnipresente
es glorificada en el Hijo, gozando
la comunión eterna con el Espíritu Santo.

CXXV

Alabad al Espíritu de Dios.
"Seréis bautizados en el Espíritu Santo".

El fuego del Espíritu sella el alma
con el signo indeleble del designio divino.

Aunque la criatura vague por sendas dispersas
atravesando oscuras quebradas lleva siempre delante de sí
el fuego que precediendo en lo espiritual,
está siempre antes, anterior
a todo estado permanente del alma,
y anticipado a toda realidad de acto criatural.

Alabad al Espíritu de Dios.
Él puede revelar el goce de recibir lo espiritual
en la certificación del signo, antes de todo acto benévolo
y ante la dignidad sacrosanta de la criatura
salida de la mano del Hacedor.

El Espíritu de Dios puede oír
el gemido del alma de la criatura,
gimiendo Él antes, inspirar al alma
sus gemidos inefables ante el Padre omnividente
por la pena del pecador arrepentido,
por el anhelo del alma deseosa de Dios,
por el goce de la igualación de la criatura
a la semejanza del Creador.

CXXVI

Alabad al Espíritu de Dios.
Habita en el misterio del Eterno.

Misterio donde, aunque inmersa
la criatura de Dios, sea insondable.

Misterio aunque nace en el alma fiel,
sea increado e innato a la Luz.

Misterio aunque poseído en el signo
sellado en lo interior del alma,
sea inabarcable e inalcanzado en su infinitud.

Alabad al Espíritu de Dios,
insabido en el camino anterior a su llegada,
por advenimiento misterioso de la Providencia.

Insabido en la presencia inmutable
del estado perfecto de la gracia divina
en la constancia eterna del goce de su gloria.

Insabido en la partida hacia el enigma invicto del más allá.

Inasible en lo perenne de Dios,
quien todo lo ve en su Espíritu amoroso
en el corazón del Hijo, en la Providencia del Padre.

CXXVII

Alabad al Espíritu de Dios.

"Recibiréis una fuerza
del Espíritu Santo . . . sobre vosotros,
y seréis mis testigos."

Bendito el Señor,
no ha quitado de la criatura
la virtud del Espíritu que, extasiado en el misterio
ruega para siempre ante la luz.

El Espíritu del Padre, convive con el Hijo,
sustenta la virtud de la Creación.

Quien pertenece a la cruz de Cristo,
signo amorosísimo de la virtud del Espíritu,
contiene, en sí, tal Espíritu, siendo Él lo infinito.

Alabad al Espíritu de Dios.
Él se expone ante la Creación por el amor
manifestado en la criatura.

Por aquellos caminos que llevan a la virtud
de la cruz de Cristo hay siempre un testigo veraz
de la veracidad de la cruz, en la entrega del amor divino,
que, así como el Espíritu es como el viento,
no se sabe de dónde viene, ni hacia dónde va,
por la gracia siempre actual y actuante
de la Providencia misericordiosa.

CXXVIII

Alabad al Espíritu de Dios.
Él manifiesta su voluntad,
desea que la criatura ame a su Señor,
porque Él la ama infinitamente.

Tan inefable es el amor de Dios hacia la criatura
que ella no puede más que amarlo.

Quien es amado no puede evitar ser amado
ni retener tal amor que pide ser amado.

Solamente amando se puede gustar el amor del Amado.

La perfección que habita en la criatura
posee la gracia que la faculta para reconocer y valorar
el amor de Dios.
La criatura reconoce a ese amor allí donde se manifieste
porque ella ha recibido del Espíritu Santo de Dios,
en el bautismo, el don infalible de la sabiduría,
que hace sabia al alma para así, gustar el amor divino
en el goce de lo espiritual que cimenta a lo criatural.
No tema el alma ni al desamparo eterno
ni a la amenaza del abismo de perdición.

La amenaza es impotencia
ante el don ya signado y actuante perenne
del amor de Dios que todo lo subsana
en lo ya amado.

CXXIX

Alabad al Espíritu de Dios;
la Luz de su Creación amorosísima,
salida del "sí mismo" de Dios, ha creado "lo otro",
que no es Dios sino fruto de Él.
El mismo Señor se tiende hacia su Creación
para así alimentarla con su gracia.

Alabad al Espíritu de Dios,
no solo se tiende el Señor hacia su criatura
para sustentarla, sino la llama hacia su amoroso sustento.

La criatura ama a su Señor,
ya que, no puede dejar de amarlo sin perecer,
se siente llamada hacia Él,
y en el arrojo agraciado se tiende hacia Él.

El Espíritu de Dios
derrama sobre quienes lo aman el don inevitado
del ENTENDIMIENTO;
hay pues una tendencia hacia el Creador,
y ambos, Creador y criatura, se entienden
en la gracia más allá de toda trascendencia.

CXXX

Alabad al Espíritu de Dios.
El camino ascendente de la gracia divina se arraiga
en el don del amor de Dios,
en él se revelan los misterios celestes.

Revelado el amor del Cielo se desea habitar
en la Mansión del Amado.
El motivo supremo de alcanzar el amor y amar en unidad,
impulsa a la rectitud del bien obrar.

La buena obra de la gracia la concede el Espíritu
en la fuerza innata que mueve el amor hacia lo amado.

Alabad al Espíritu de Dios,
fuente de toda fuerza y virtud, que engendra la obra
por su potencia creacional, y promueve toda operatividad.

Fuente de la virtud que conmueve al alma
en el amor, que, laborioso, ostenta la FORTALEZA.

Ella alimenta a la confianza en Dios.
Así, toda esperanza cierta del Reino del Cielo
supera a la prueba crucial de la criatura,
por la fortaleza que eleva hacia la Mansión celeste
para gloria del Espíritu divino.

CXXXI

Alabad al Espíritu de Dios.
Antes de todo principio la sabiduría del Señor
planea sobre su amor.

¿Quién más sabio que el Señor?
¿Quién anterior al Señor?

La criatura fruto de lo divino,
salida de la mano de su Creador, de su sabiduría,
intuye en su ser a Aquel que la ha creado;
y con Él, reconoce el principio de la sabiduría del Señor
y la anterioridad de lo absoluto de Dios.

Alabad al Espíritu de Dios.
Él es fuente de CONSEJO desde el saber de lo arcano
hasta la infinitud de lo eterno.

La criatura factura de su Creador, completa su servicio
al Reino de los Cielos con el santo ejercicio
del consejo en Dios, como manifestación
de un don del Espíritu puesto a servir
a la redención para gloria de la cruz de Cristo.

CXXXII

Alabad al Espíritu de Dios,

al Espíritu de la eterna "presencia", de la plenitud
que todo lo abarca y a todo lo sabe perteneciente a "sí".

En Él connive la constante memoración
de sí mismo por su omnímoda presencia.

La criatura inhabita en el seno del Espíritu divino,
parte de la Creación y parte de la presencia
de la obra de Dios.

Toda criatura es parte de la memoria en Dios.

A imagen de su Creador, la criatura
tiene noción de su propia "presencia" en lo creado,
participa y usufructúa en obra el recuerdo de su Creador
y el recuerdo de sí misma para su propia laboriosidad.

Alabad al Espíritu de Dios,
ha plasmado en la criatura el don inefable
de un saber que la perdura ante la presencia del Señor.

El don de CIENCIA hace a la criatura eterna
en la ciencia y la conciencia de sí misma y de su Creador.

Perdura en el recuerdo, y es llamada a habitar
en el Reino de Dios.

Por Cristo Nuestro Señor.

CXXXIII

Alabad al Espíritu de Dios,
amante de la perfección divina, amante de lo santo en Dios,
ama a su criatura como factura perfecta y santa
en manos de su Señor.

Quien ama imita al amor de la Santísima Trinidad,
en el amor entre Padre, Hijo y Espíritu Santo.
Tal amor es siempre actual y actuante en la criatura.
Cuanto posee la criatura lo debe a ese amor.

Cuanto debe a ese amor no puede más que restituirlo
y responder a él, pues, por Él, con Él y en Él, vive.

Alabad al Espíritu de Dios,
regala a su criatura el don perfecto y santo
de la devoción en el deber con el amor divino.

El don de la PIEDAD divina es gracia
que santifica a la criatura, porque ama con el mismo amor
santo y eterno de Dios, a su Creador
y a la obra de sus manos, en la perfección
revelada de la cruz de Cristo.

CXXXIV

Alabad al Espíritu de Dios.
su luz inhabita en la criatura, manifiesta su gloria
en la criatura que refleja la santidad divina.

Padece en la cruz de Cristo
y en el gemido inefable del Espíritu, cuando la criatura
niega y reniega de su don divino y de su facultad de gracia.

Ya sea que la criatura se eleve a su lugar de luz,
o elegida en el mérito padezca en Cristo,
el Señor se le ilumina en presencia presentida y real.

La criatura ve la magnitud hacia lo infinito de Dios,
y la magnitud del amor divino, desde el inescrutable misterio
de la cruz de Cristo en el Espíritu.

Alabad al Espíritu de Dios,
no ha quitado de su criatura el don del TEMOR DE Dios,
y desde esa gracia de amor la criatura "ad-divina"
su propia condición, en la luz de la gloria del Reino,
y participa de la revelación de lo eterno
en Jesucristo y en la bendición de su cruz.
"Et nunc et semper"

CXXXV

Alabad al Espíritu de Dios.
El signo del Espíritu permanece
en lo perdurable de la criatura.

El designio de Dios, sello indeleble del Eterno,
es fuerza, por virtud, para el movimiento de la vida criatural.

El signo del Espíritu mueve al acto criatural,
en ello promueve, conforma,
realiza y perdura la obra de la gracia.

Así la criatura se condene, lejos de Dios,
por conducta degradada en renegación,
el signo divino sigue su acción agraciada
en lo perdurable:
ya, padeciendo en la cruz de Cristo,
gimiendo hacia el Padre por tal padecer,
(pidiendo redención), ya, volviendo a Dios
por fatalidad de juicio en una condena irremediable
de muerte des-graciada.

Alabad al Espíritu de Dios, es virtud motivadora en la gracia
– fuerza unificadora por fuente dinámica,
– orden realizativo por principio creacional,
– efectividad perdurable de la obra criaturada hacia su fin:
el Reino de los Cielos para gloria eterna de Dios.

CXXXVI

Alabad al Espíritu de Dios.
es raíz de toda manifestación criatural;
firmeza germinal, define la particular obra de la gracia
hacia la infinitud de unidad expresada.

Por medio de la virtud actuante el signo del Espíritu
manifiesta origen, carácter y fin de la acción de la obra.

El carácter de la obra en el Espíritu
se da en un propio idioma y en un genérico idioma divino.

Alabad al Espíritu de Dios,
es infinitud de diversidad de caminos y caracteres,
y de igual modo, es unidad eterna del idioma de la gracia.

El Verbo de Dios, Jesucristo, convive en el Espíritu
la obra del Padre celeste.

También se diversifica en criatura
y por acción de caracteres unifica el "todo" en divinidad.

La Palabra eterna eterniza, en la gracia,
la acción de la obra divina:
cruz y redención a cada criatura perdonada en el Espíritu.

CXXXVII

Alabad al Espíritu de Dios.

presencia inmutable del magno misterio del Cielo
en el Hijo encarnado.
Cofre dador por la manuficiencia de sus dones.

Connivencia con el Hijo para dar, distribuir,
restituir y reponer la gracia divina
en la criatura agraciada, en la "casa" barrida, lavada,
bien cuidada y renovada de la criatura
premiada con la gracia del perdón.

Alabad al Espíritu de Dios,
por Él, Dador de bienes eternos, el Hijo distribuye la gracia;
por gracia da los dones de Dios,
según su voluntad omnividente,
y en perfecto acuerdo con la obra criatural.

El Espíritu entrega los dones como quiere
en la luz de la misericordia, que, en la dádiva de Cielo
admira de sí mismo su misma perfección en "su" criatura,
con el perdón de los pecados a favor de la bienaventuranza
para salvación perdurable.

CXXXVIII

Alabad al Espíritu de Dios,
quien el "todo"contiene en el nombre del Eterno.
Todo continente en la santidad del Eterno.

La santidad de Dios:
– fuerza de toda permanencia en lo eterno,
– virtud de toda criatura divina, que la lleva a permanecer,
– continente de toda parte en lo creado
y del todo en lo creado.
– luz de santificación (origen de toda luz)
del "todo" en lo eterno.

Alabad al Espíritu de Dios,
fuente y sostén del "todo", siendo el "todo"
en la sabiduría del "todo-solo".

Santidad que todo lo abarca,
y a su vez inabarcable, del "absoluto pleno".

Misterio de plenitud en la criatura.
Verdad de infinitud en Dios.

Realidad de perfección en la obra de "lo absoluto"
de su amor único.

Bendito sea el "ab-soluto", el "solo pleno" en la unidad
santa y amorosa de la Trinidad:
PADRE, HIJO Y ESPÍRITU SANTO.

CXXXIX

Alabad a la Trinidad Santa.
Por el HACEDOR, la criatura viene de un vigor eterno,
y transita el ciclo perenne de lo eterno.

Un recuerdo
le dice cuanto fue desde un ignoto principio eternizado.

Gracias Señor:
en la virtud innata de la criatura has dejado un recuerdo
en el antes ignoto eternizado.

Señor, has trocado el presente ignorado de la caída
por el presente del pecado redimido.

Has trocado sangre derramada por el HIJO
en perdón redentor para rescatar a tu criatura.

Alabad a la Trinidad Santa. Por el ESPÍRITU DADOR
la criatura camina hacia una espera en lo eterno
y transita la LUZ del PARÁCLITO.

Él enlaza, por la redención, la obra eterna de la Creación,
y re-ligando, en la criatura, el fruto de la gracia
santificada, y santificante de la trama ligada de las almas,
unidad de re-ligión en lo eterno de Dios.

Por voluntad amorosísima del Padre,
inmolación perfecta del Hijo, y
santidad manuficiente del Espíritu.

CXL

Alabad a la Trinidad Santa.

Dado el misterio del pecado original
la lástima inunda a la criatura desde la herida abierta
y desde la caída grávida en el dolor.

EL HACEDOR
transita el camino de la criatura
(“se paseaba Dios por el Edén”)
creación suya, camino suyo,
trocando la obediencia de la pureza original (mancillada,)
en obediencia a la “supresión de la gracia”
(Expulsión de Edén”),
Imposición del dolor (reparador)
sobrepasando a la caída mortal (irredenta).

EL HIJO REDENTOR por amor al Padre
revela su camino a la criatura obnubilada por la desgracia,
para iluminar en ella su signo divino
hacia el camino del Cielo,
trocando
la pobreza despojada, en cuanto Dios había quitado,
por la falta y la caída, en pobreza agraciada
de restituir en Dios la fidelidad criatural,
por entrega a Él y a su camino redentor.

EL ESPÍRITU UNIFICADOR por unidad de amor,
inhabita el alma de la criatura
y enseña y señala por revelación de misterio
la gracia en el amor divino,
trocando,
el camino desierto de la criatura estéril y vacía de condena,
en castidad, santificada, que fructifica,
por la remisión de la pureza original
en la eterna gracia de los bienaventurados.

CXLI

Alabad a la Trinidad Santa,

por la promesa del PADRE HACEDOR
desde la caída en la maldición
de la criatura que niega a su creador, hasta el advenimiento
del "Benedicto tu in mulieribus" del Ángel,
donde la criatura se hace
". . . ancilla Domini" par la salvación eterna.

Por la promesa del HIJO encarnado
cumplida desde el vientre sin mácula,
la predicación reveladora del Evangelio de Jesucristo,
la muerte de cruz, la resurrección
y la divina ascensión del Verbo encarnado,
hasta el cumplimiento de la cruz de la criatura
por la perfección del Evangelio
y la imitación amorosa de Cristo.

Por la promesa en el SANTO ESPÍRITU, cumplida
desde la revelación del Hijo redentor
y la manifestación de la obra evangélica
por el don de la gracia, hasta el anuncio amoroso
de la bienaventuranza del Reino de los cielos,
por el PADRE, que se manifiesta a la criatura
en la comunicación del "Pater noster";
el HIJO convive a la criatura
en el goce de la bendita llaga redentora,
y el ESPÍRITU SANTO promueve en la luz del alma
la obra iluminada de lo eterno en Dios.

CXLII

Alabad a la Trinidad Santa.
EL PADRE omnisciente, omnividente,
promete y envía a su Hijo redentor.
Lo designa, lo señala según el signo del amor sagrado:
"este es mi hijo muy querido".
Germina y revela este signo en la criatura,
elegida en la luz de la fe.

La criatura, por designio del Padre
y por amor del Hijo, es portadora de esta luz
en el camino de la gracia.

El hijo muy querido, enseña y realiza
la obra de la salvación en la luz del Evangelio
hasta el misterio mismo de la resurrección.
Jesucristo revela esta sabiduría
a la criatura hermanada en el Evangelio.

La criatura fiel es co-partícipe y co-laboradora
en la obra fruto de la esperanza evangélica.

EL ESPÍRITU ILUMINADO, LUZ ETERNA,
inspira y conduce la obra de amor
cuyo fin es la obra divina en la comunión eterna
de los hijos redimidos.

El ESPÍRITU revela al alma cristianada
el misterio del amor como luz de caridad,
cuya fuente abreva, a su vez,
en el amor de la Santa Trinidad.

Su fin es la comunión con el SOLO DIOS.

CXLIII

Alabad a la Trinidad Santa y un solo Dios.
El alma criaturada, siente el misterio del infinito,
camino y consecuencia de sentir lo supremo.

El alma entiende que, la ingratitud hacia otra alma
que a su vez siente el misterio, es falta y camino de error.

Se ahoga y obscurece el bien que siente la infinitud,
y una mala fe invade al alma.

El misterio del perdón es signo y acción
de una virtud es fuerza que manifiesta a la fuerza divina.

El alma entiende que, el desdén hacia otra alma
ignorando ingratamente el signo del perdón divino
que actúa en ella, es aberración
y cierra los caminos de misericordia,
y el desasosiego invade al alma.

El misterio del amor es fin y camino de perfección en Dios.

El alma entiende que, el odio hacia otra alma
que ama en el amor de Dios, es intención maligna,
niega la luz divina, re-niega de lo supremo.

Un temor de condena invade al alma,
si herida por la hipocresía persiste en lo engañoso
para perdición del alma.

CXLIV

Alabad a la Trinidad Santa y un solo Dios.
Jesús dice: . . . "las cosas de mi Padre". . .

El alma criaturada reconoce la bondad
de que están dotados los bienes de la Creación.
Se aprovecha de ellos en la disposición abundante
que Dios pone ante el alma.
El alma bien reconoce que cuanta criatura le rodea,
es otra y no es "sí misma".

Cuanto es "otro" y está fuera del alma propia
se entiende que es un "aparte" y no es parte del "sí mismo".
Señor, asiste con tu piedad al alma,
ya que, no debe vivir solo de "sí misma"
sino, "en" sí misma, apropiándose
de los bienes de la Creación, y entregándose
como gratitud, participando de la gracia
de cuanto es "común" al bien que Tú das.

El alma bien reconoce que cuanto no es el "sí mismo"
es apropiación de un bien, maravillado
en la maravilla de la Creación.

Por apropiación de tales bienes,
la misma alma es, a su vez, un "bien común" en la Creación.
La retención avara y mezquina de esos bienes,
reteniendo cuanto, en verdad, es tuyo Señor,
el alma se ciega, y no ve, entonces,
las "cosas de Dios", ni en sí misma, ni fuera de sí misma.

Tal ceguera aniquila al alma, que,
al margen de Dios y de su Creación,
se sumerge en una soledad mortal de iniquidad ingrata.
Bendito Jesús, danos ver "las cosas del Padre".

CXLV

Alabad a la Trinidad Santa y un solo Dios.
El anuncio de los antiguos Profetas
se cumple "hoy", en el día de Jesucristo,
revelada la vida eterna en el Espíritu.

El alma pre-siente la vida espiritual en lo eterno
por gracia del perdón de los pecados
en la sangre de Cristo, por revelación iluminada del Espíritu
y por misericordia del Padre, quien, en ello,
ha trocado el corazón de piedra
por un corazón de carne, que reconoce
lo sobrenatural del padecer en Cristo.

Si persiste la incertidumbre en la negación maligna
el alma regresa a la damnación original,
al daño aniquilador de la falta del origen.

Una espina persistente del dolor enajenado
vacía y aleja de la gracia, retrasa al alma
en su ascenso hacia la luz, distanciándola angustiosamente
de este "hoy" iluminado,
el cual, es dolor agraciado de Cristo por la cruz redentora.

Un corazón endurecido no reconoce ya,
ni la virtud de sí mismo ni la gracia perdida de antes,
y si reincide en la caída ve ausentarse
la divina claridad de la paz ascendente del Espíritu.

CXLVI

Alabad a la Trinidad Santa
para aprender del "Padre nuestro",
en el "PATER NOSTER QUI EST IN CÆLI".

Por gracia iluminada del Evangelio
la criatura ve en su Creador la suprema altura del BIEN.

El anhelo de la criatura consigue lo alto de la Providencia,
en amor convivencial y en eficacia trascendente.

El dirigirse a ÉL en luz de lo perenne ordena a la criatura
en semejanza e igualdad con Dios,
participando con ÉL y en ÉL de la gracia divina.

En el "SANTIFICETUR NOMEN TUUM",
ver la suprema altura de Dios,
es ver el más alto don de la gracia, el temor de Dios.

Por el temor de Dios, cuanto la criatura posee
tiende hacia el Hacedor, por cuya obediencia se enaltece,
y ve, así, la grandiosidad de lo eterno por la voluntad
de disponer todo de sí hacia Dios,
hacia la altura de lo santo.

El "FIAT VOLUNTAS TUA, SICUT IN CŒLO ET IN TERRA"
es conocer el poder omnímodo del Padre
con la confianza cierta de abandonar todo a Dios,
por el saber amoroso, de que, en ello,
se posee el bien regido por el SUMO BIEN.

Dejar hacer a Dios, amándolo, en el entendimiento de que
nada será librado a la condena,
sino, por camino de la verdad,
en ÉL, poder alcanzar el Reino del Cielo.

CXLVII

Alabad a la Trinidad Santa
para aprender del "Padre nuestro":

en el "PANEM NOSTRUM CUOTIDIANUM DA NOBIS HODIE",
así como lo supremo de Dios
es "nuestro" en el "Padre nuestro",
por gracia del Reino de los Cielos, por gracia divina,
es "nuestro" todo alimento que sustenta
la esencia y la substancia en la criatura.

Se pide, en plegaria, al Creador, que, como "tal",
críe y sostenga a su criatura,
en la santidad del alimento corporal
y en luz del alimento del alma.

Siendo alimento del alma cuanto da el Padre
con su Palabra (Verbo divino) Cuerpo de Cristo, el Señor.

El alimento del cuerpo se da por añadidura
a la devoción y fidelidad con "lo santo"
en el "hoy" perpetuo de la divinidad.
El: "DIMITTE NOBISDEBITA NOSTRA SICUT ET NOS
DIMITTIMUS DEBITORIBUS NOSTRIS":

anuncia una concomitancia del comportamiento de la criatura
con el actuar ejemplar del Maestro
en la inmolación del Hijo redentor.

La criatura imita a su Creador en la misericordia,
e imita a Cristo en la humildad de impetrar el perdón.
Se pide el perdón mientras, también, se perdona.

La Creación vuelve a su virtud original
cuando la criatura, poniendo sus ojos en Dios,
imita a Dios y lo sigue a ÉL en la realidad de su amor.

De allí que, al pedir la gracia del perdón,
se hace con la certeza de conseguir la aceptación del Señor,
ya que se actúa en igualdad al Señor.

CXLVIII

Alabad a la Trinidad Santa
para aprender del "Padre nuestro":

el "NE NOS INDUCAS IN TENTATIONEM"
es petición de confianza al Señor
poniendo en manos de su Espíritu
un límite a la prueba de la criatura,
aquel límite que el Señor considera el justo.

Es esperar en el Espíritu a que ilumine y anuncie
la rectitud de la conducta criatural.

Es voluntad de no querer fallar
por responder al amor del Espíritu de Dios,
quien acompaña amorosamente a la criatura
tanto en la tribulación como en el júbilo revelado.

La criatura, dueña de la virtud de la gracia,
pone al Señor como defensor, rector y realizador
de la obra evangélica en la co-laboración criatura-Creador
sin temor, allí, de faltar al Espíritu.
El: "SED LIBERA NOS A MALO"
da ubicada a la criatura en el Espíritu del bien;
se posee la libertad del Espíritu, quien, como el viento
no se sabe de dónde viene ni hacia dónde va.

La libertad de lo verdadero
impone, en Dios, la manifestación de la gracia
que libera de la opresión del mal.

La plegaria no es un pedir para no saber
si se dispondrá de cuanto se pide o dudar de la eficacia.

La plegaria, en sí, ya es un disponer
del bien de Dios para la obra de Dios.

La plegaria contiene el tesoro del bien de Dios
por cuyo poder, en el petitorio se halla la dádiva,
y en el disponer del don la realidad de la obra divina.
Por la plegaria, la obra se contiene en la gracia
y se proyecta en lo perdurable, para la vida eterna.

CXLIX

Alabad a la Trinidad Santa.
". . . simul adoratur et conglorificatur".

La criatura se dirige a su Creador
desde un perfecto saber del alma,
con una visión de lo excelso en Dios.

El alma criaturada le habla a su Creador
desde lo más hondo de su ser.

Si el "opositor" interpone una obnubilación confusa,
podría malograr el acto puro de la oración.
Mas, la criatura posee aquel recurso
de sinceridad y sencillez para no fallar en la fidelidad.

La criatura ve a Cristo, y le habla con el perfecto saber
por verse en identidad de padecer, en cruz,
y conducida a igual fin: la resurrección.

La sencillez y la veracidad de la resurrección
parte del principio de que,
la criatura posee los elementos primarios
– la vida del cuerpo que vuelve al polvo
y resucitando se impone otro camino.
– la vida del alma que desea y anhela
algo que pre-siente e intuye: lo eterno.

El dolor de la cruz
no puede confundir a las potencias del alma,
mientras la criatura se vea a sí misma en Cristo.

Si en el continuo sacrificio (la vida misma)
la criatura es fiel a su signo de cruz,
eleva su oración al Padre
desde una visión iluminada de Espíritu.

La adoración es perfecta
como sabiduría ínsita en la criatura,
si desde lo profundo del alma ve su dolor en Cristo
y se iguala a Dios para amar a Dios:
PADRE, HIJO y ESPÍRITU SANTO.

CL

Alabad a la Trinidad Santa.
La criatura da y recibe
en el sagrado intercambio del bien creado.

Preparada para recibir le llega hasta su propia hondura
cuanto el Creador le dice al alma.

La profecía, da su mensaje imposible de ser desoído,
sino en la adversa voluntad de negarlo, aún recibiéndolo.

Señor,
tu altura nos llama a lo alto de Ti.
Si el enemigo ataca a tu grandeza en mí,
me afirmo, por mi pequeñez, a Ti.

En mi, lo tuyo es grande, y es nada mi pequeñez.

¿Quién puede rebajar lo tuyo en mí,
si lo mío se humilla en Ti, y lo tuyo es invencible?

Tu Profecía Señor:
– anuncia la salvación en un tiempo de condena;
– anuncia lo eterno en un tiempo de caducidad;
– anuncia la vida perdurable y gozosa
en la llaga tumbada en cruz;
– anuncia al Espíritu Paráclito
en tiempos de tribulación oscura.

La luz de tu Santo Espíritu
alumbra a tu palabra en una sombra de muerte.

Por gracia de tu virtud oímos la voz de tu boca,
en Aquel, del cual hablaron los profetas.

CLI

Alabad a la Trinidad Santa,
con los bienaventurados que habitarán el Reino celeste.
En aquellos que, con llanto, padecen injusticia,
vive, en lágrimas, tu justicia Señor.

Felices los que lloran porque constatan y defienden
la justicia de Dios.

Aquellos que, con valentía de la verdad
padecen la ofensa asiste una humildad,
que atrae, por identidad de virtud, a la bondad de Dios.

El alma
humillada en la cruz de Cristo es lámpara
de la luz del Espíritu.

Aquellos que, en signo de fortaleza,
atribulados padecen persecución, los asiste una fuerza
que reafirma en lo eterno;
tal virtud los hace pacientes y dignos soldados de Cristo,
por signo de justicia en el Padre,
fuerza de humildad en el Hijo y virtud de paciencia
en el alma, unida al Espíritu manuficiente del Hacedor.

CLII

Alabad a la Trinidad Santa, "sicut erat in principio".
La criatura confía en su Señor, y pide eficaz
la fe de su hermano
en aquello que el hermano posee de Dios.

El Señor confía en su criatura
y en la cortesía entre sus criaturas,
y promete dar de "sí mismo" la vida eterna
otorgando la gracia de la fe que confía en la obra santa.

El alma espera del Señor
el cumplimiento de la promesa sagrada
de la salvación y pide firme la certidumbre de su hermano
sobre aquello que Dios ha puesto en su propio signo.
El Señor espera de sus criaturas
la comunión de anhelos y constancias,
y demuestra en su enseñanza la gracia de la esperanza,
que sabe esperar a la realidad de la obra criaturada.

La criatura desea recibir de la generosidad del Señor
el misterio del perdón y pide la entrega sincera
a la generosidad de alma de su hermano,
en la gratuidad mancomunada del Espíritu.

El Señor glorifica a la generosidad de la criatura
que por caridad de perdón espera en la vida eterna;
obra de la gracia en el Padre, y el Hijo
y el Espíritu Santo. (Amén)

CLIII

Alabad al misterio del Hijo encarnado.
Por gracia de su divinidad encarnada
Él toma nuestra carne mortal
y nos da de su Alma vivificadora.

Para revelarnos la visión de la luz de la vida,
toma de nosotros nuestro ser de barro
y nos da de Él el oro de su Espíritu
que permanece en el oro de la luz de Dios.

De nosotros recibe la pena caduca
de nuestros ciegos anhelos;
y de Él nos da el goce que renueva todas las cosas
en la permanencia revelada de su Palabra.

Alabad al Cristo encarnado.
Por gracia de su amor divino Él toma nuestro abandono
abismado en la caída de Eva, y nos da una Madre inmaculada
llevada a la altura de la luz celestial.

Él recibe nuestra esclavitud apresada en el servilismo
descaminado y confuso, y nos da
la condición de ser hijos perfectos
del Padre de la perfección.
Él recibe nuestra obra nefasta
disuelta en la nada, y nos da la facultad
de obrar en la gracia, y da al hombre la condición
de ser padre de su propia obra.

Alabad al Cristo encarnado, por gracia de su Espíritu
Él recibe nuestro saber humano
sumido en la amargura y el desdén,
y nos da la virtud de saber gustar en sabiduría
en entendimiento del Reino celeste.

Recibe nuestra ciega elección que obnubila todo hallazgo,
y Él nos da el don ejemplar del consejo
que conduce a la ciencia de la fortaleza del alma,
que distingue la virtud del Reino del Cielo.

Recibe de nosotros la ingratitud
que no sabe reconocer a Dios.

Y nos da el saber de justicia y piedad.
Nos da la visión de lo invisible de la Creación;
nos da la visión de la magnitud de nuestra alma;
nos da la visión de lo eterno
en la revelación del temor de Dios.

CLIV

Alabad al misterio del Hijo encarnado.

Él despierta al alma y la llama de su silencio
hacia la vibración del pulso de la carne criatural,
con la inefable voz de su corazón.

Él llama al alma criaturada hacia el signo de lo corpóreo,
donde la vida es figura y el fenecer de lo corporal
es consigna hacia lo perdurable.

Él palpita junto al alma
sumida en el pulso surgente que fluye,
aquel pulso que encauza a la vida y en su cauce la aprisiona
para adquirir un fluir fatal e inevitado.

Alabad al misterio del Hijo encarnado.
Él llama al alma para apartarla del imperio
de la necesidad corpórea,
para internarla en la penitencia amorosa,
desde el sagrado estigma de la cruz.
Él llama al alma
para acercarla al amor del hermano
que es figura de la humildad evangélica.

Él llama al cuerpo criatural hacia la renuncia gozosa
que despierta el amor en el hermano
para convivir la identidad en la misericordia.

Y la criatura gana para sí un servicio hacia su propia alma
donde ni muerte, ni vida
ya, no se configuran con lo transitorio de su padecer fatal,
sino, en la luz que perdura intacta en Dios.

CLV

Alabad al misterio del Hijo encarnado.
Él toma para sí la medida de lo humano,
y nos da, como hermanos en la gracia,
una Madre en la medida de lo divino.

La Madre nos da al Hijo,
y ella se da en plena gracia de amor,
como medida de lo pletórico; y recibe en amor
la ofrenda de amor que la criatura da a Cristo.

La Madre recibe de nuestra falta, la lástima
que espera siempre un auxilio;
y recibe nuestro arrepentimiento,
y ella nos da la piedad justiciera
que repone una virtud en el amor adeudado.

Alabad al misterio del Hijo encarnado.
La Madre de Cristo posee, en gracia,
loa plenitud generativa, que engendra a los hijos de Dios
en el Espíritu engendrador y en el Hijo engendrado,
Él, fuente de todo germen (LOGOS).

La Madre, en Cristo nos da la medida de toda generación,
y perdurabilidad de la obra en su medida.

La obra del Espíritu germina en el "tabernáculo santo"
donde germina el Hijo de Dios: el vientre de María.

Los hijos de Dios (prohijados en Cristo)
germinan la obra de la unidad del alma (Iglesia).
La obra de la fe (Iglesia mística)
germina en la virtud de Cristo-Hombre-Dios,
a su vez germinado en el vientre santo de nuestro Madre,
la Virgen María.

CLVI

Alabad al misterio del Hijo encarnado.
El alma
en su anhelo de ascender más allá, por sobre su soledad,
escala por sobre sí misma,
por el camino hacia el grado supremo de la altura en Dios.

Bendita encarnación del Hijo de Dios.
Él baja hasta el grado mínimo de la criatura
para justificar en la cruz su humillación,
y sin menoscabar en nada su condición divina, Él mismo
es el ascenso al grado máximo del Espíritu celeste.

Bendita sea la Madre de Cristo.
El Hijo transita por las gradas del vientre de María,
desde su concepción, que encierra todo concepto.
Él reúne en ELLA toda superación del alma,
la cual, junto a Cristo,
es agente de un movimiento ascendente
por la escala celestial.

El amor de la Madre hacia el Hijo
es tal, que vence a la contradicción
opuesta al ascenso de la criatura,
queriendo derribarla hasta el suelo de su propia ruina.

Bendita la lengua que pronuncie los nombres sagrados
de Jesús y de María.
La bendita mención ya es un antecedente y un mérito
para la elevación del alma que quiere llegar
hasta el último escalón de la suprema luz.

CLVII

Alabad al misterio del Hijo encarnado.
Por gracia de su Palabra divina,
desde nuestra imagen del misterio celeste
nos da la revelación del Verbo de Dios;

en el cumplimiento de la promesa del Padre,
en la realidad de la enseñanza del camino a lo supremo,
en la iluminación de todo saber celeste
que aclara el antiguo misterio;
lo da como misterio revelado, misterio viviente
de la acción reparadora del Creador sobre la criatura,
por la aclaración del misterio mismo,
en Aquel que no ha dejado misterio sin aclarar,
sino y solamente, el de su venida final y eterna.

Alabad la encarnación del Hijo.
Él toma de nuestra propia sencillez de entendimiento
para explicarnos las altas visiones de lo eterno,
el gran poder del Altísimo que supera todo poder,
extiende toda permanencia y alumbra toda luz,
ínsito en la criatura por divina semejanza,
por gracia de amor y designio de alabanza perpetua.

En cada manifestación de la criatura
está presente, pues, el misterio de lo celeste,
en cada alabanza, en la pura bendición,
en la devoción verídica, en la glorificación
del signo que eleva a la criatura,
y en la gracia excelentísima
de la obra del cielo, donde la criatura es portadora,
instrumento y fin de "las cosas del Padre"
en la eterna gloria de Dios.

CLVIII

Alabad al misterio del Hijo encarnado.
En él se perfecciona el signo de la criatura.

La plegaria de Jesús (en Gethsemaní)
llega hasta el trono del Padre como bondad de criatura
y perfección criatural.

Su oración es Verbo divino, boca y palabra de la divinidad
que, puesta en lo criatural,
se comunica lo divino con lo divino,
a través de la criatura y para rescatar a la criatura.

Jesús, perfecciona y diviniza, pues,
a lo creado, en la oración que pide un auxilio,
para la entrega a la voluntad del Padre.

La misma oración va como gratitud de comunión.

Por Cristo se agradece al Padre, la humillación.

Por la cruz de Cristo se bendice al Padre,
quien no quita lo corporal, en el padecer la llaga,
no quita la prueba que sufre el dolor;
no suprime a la debilidad, no desbarata a la pobreza.

Por el Hijo encarnado Dios enfrenta a la criatura
con su propia realidad;
ella, ante lo divino puede ser débil, transitar pobreza,
padecer dolor, en tal certeza, que, la oración eficaz,
obtiene de Dios la gracia que conforta al alma,
al revelarle el perfecto abandono,
que auxilia en el "hágase tu voluntad".

CLIX

Alabad al misterio del Hijo encarnado.
Jesús, Verbo divino, en obediencia a la cruz, y bajo el azote,
no entabla ya, conexión con la convención del mundo,
que se deja llevar por el tránsito hacia su propia ruina.

El Verbo permanece en silencio,
pues, toda criatura ya tiene refugio en Él,
y por Él la omniesencia de lo divino
ha penetrado a su recinto eterno.

No ofrece resistencia.
Entrega sus fuerzas hasta el agotamiento
según su Cuerpo criaturado;
y establece el límite extremo
de cuánto puede entregar la criatura
en el intercambio de vida criaturada de Dios,
hasta la muerte, por vida criaturada de Dios hasta lo eterno.

Jesús atrae todo hacia su divinidad,
y sosteniendo todo padecer, en Él
diviniza lo eterno y lo temporal creado.

Alabad al Hijo encarnado bajo el azote de la condena.

Él pide un heroísmo a la criatura,
idéntico al heroísmo divino.

Pide:

se valore la vida temporal hasta la muerte,
en un sagrado intercambio de lo transitorio, que padece,
por lo eterno, que se revela cercano.

La divinidad de Cristo encarnado
no admite más retaceos, ni mezquindad, ni ahorros
al término fenecido de lo criatural,
siendo Él, el término rebasado de lo infinito,
que perdura en lo eterno de su amor.

CLX

Alabad al misterio del Hijo encarnado.

Jesús, habiendo sudado sangre,
azotado casi hasta morir,
y con la llaga de la corona de espinas,
muestra a la criatura cómo Dios,
desde la rotunda verdad omnividente
y desde el padecer de la criatura
amparado en un secreto escondido en el alma de la caída,

Él puede alumbrar aquello de:
"Nada hay oculto que no deba ser revelado;
ni nada escondido que no se deba conocer " *(Lc.XII-2)*
Cristo toma para sí la desolación de la criatura,
así ella ve su propia soledad en Cristo,
y vea el sitio de divinidad prometido.
Ya nada importa de lo humano
mientras se esté adentrado en lo divino.

El Hijo encarnado entrega a Dios su cuerpo,
primicia de santidad, nacido de un vientre virgen,
siendo "genitum" en el Espíritu
y "non factum" por obra de la carne.

La primicia de esta carne en alma "encarnada"
está en la supremacía de lo "absoluto",
pues, habiendo nacido vuelve a lo eterno del Padre.

Cristo, príncipe y monarca,
aún viviendo, no debe nada al pecado,
ni a la "carne" del pecado que le impide ofrendarla al Padre,
y muriendo, revive a una "carne" del Espíritu.

Ya, no va Él hacia la criatura. La criatura va hacia Dios.
Ella, puesta a la altura de anhelar lo divino
es invitada a conseguir el último escalón
de la grada que conduce a lo eterno celestial.

Alma de Cristo, reina en tu criatura.

CLXI

Alabad al misterio del Hijo encarnado.

Él nos lleva a una obediencia perfecta
desde el mismo dolor de nuestra desobediencia original.

La certidumbre de la verdad que Él encarna,
siendo verdadera criatura, fruto de la luz del Espíritu
y de un "cuerpo" virginal, y siendo verdadero Verbo de Dios,
divinidad revelada, que ya, bajo la cruz
es "cuerpo" criatural y "cuerpo" místico "intocado".

Tal certeza de verdad es realidad de un fin.
Es un "hacer" con trazos de lo definitivo,
aquel signo infinito de lo divino,
hecho de una vez y para siempre.

Lo natural y lo sobrenatural,
desde la verdad de su acontecer,
está en la obediencia de su propio ser,
dado en el ser del Creador.
El Hijo encarnado sube la vía crucífera,
realiza y determina un acontecer hacia lo eterno.
Y aunque diviniza, en ello, a la criatura
no lo quita de su grado criatural.

Aunque Cristo bajo la cruz ya es parte
de un signo sobrenatural, no soslaya en nada
el signo doliente de lo "natural".

Su obediencia es la obediencia que Dios
tiene de sí mismo, en su absoluto.
El Hacedor eterno no se desdice jamás.

Obediencia de aquello que, aconteciendo,
está en la verdad de un acontecer,
que trasciende hacia lo perpetuo.

El dolor criatural se diviniza en la cruz,
el amor de la "presencia" divina se abraza a la criatura
para llevarla consigo hasta la "Casa del Padre",
mansión y "cuerpo"místico en lo eterno.

CLXII

Alabad al misterio del Hijo encarnado.

Cristo en cruz. Lo imposible de realizar para la criatura,
está en el "hacer" de Dios.

Lo sobrenatural de Jesús, quien ya en el juicio
se ubica en su trono real intocado,
en la cruz es lo inalcanzable prodigioso.

Todo signo natural y todo misterio sobrenatural
ha encontrado su centro, su punto "inmóvil"
en la cruz, y elevado hacia lo alto por sobre lo terreno.
Prodigioso por "quien" es Cristo.
Inalcanzable por cuanto consigue en salvación.
Sin Cristo, la criatura
está inmersa en lo inestable de lo variable,
y sin rumbo que la guíe
hacia el "absoluto" de la luz del Espíritu.

Sin Cristo, la criatura no puede enaltecer lo propio,
que está en una ruina postrada,
en la indignidad del oprobio de una muerte degradante,
y con impotencia para regir la vida
hacia algo superior a su propia ley.

Lo eterno de Cristo, anterior a todo principio,
ha puesto en la criatura un "principio".
Un "cuerpo" que va hacia la permanencia
de lo "inmóvil" perpetuo: puerta hacia el Reino celestial.

Lo alto de Cristo: "Yo vengo del Cielo";
"Yo he visto al Padre"; "El Hijo del hombre
vuelve a la gloria que tenía antes de venir",
tal altura divina de Cristo
"eleva" a la criatura hasta la heroicidad
verídica y noble del amor de la cruz.

Aquello que lleva a la criatura a la "caída",
puesto en cruz con Cristo, se eleva
hasta la dignidad de lo sobrenatural.

Lo imposible de lo natural lo "hace" lo sobrenatural de Dios.

CLXIII

Alabad al misterio del Hijo encarnado.

Jesús, resucitado, enseña desde arriba del misterio,
desde lo "más allá" de lo perpetuo.

Con palabra, ya, lejos de todo fenecimiento.
Allí, ni lo breve, ni lo extenso,
no tienen sino lo perfecto, lo exacto,
el bien, el agrado preciso,
puesto en la admirable constancia
que no se sostiene sino, en la virtud misma de lo perenne.

Jesús resucitado aparece desde el misterio,
en el oportuno paso de la gracia que acciona en la criatura
según la luz del Espíritu.

Según que Él más pida a la criatura,
o más regale en bien de gracia,
se da a conocer, enteramente o en imagen velada,
par excitar su propio poder y derramarlo
según las obras mayores que promete la gracia.

Jesús resucitado sigue siendo cuerpo,
en lo "incorpóreo", por naturaleza sobrenatural,
que contiene unidad de perfecta armonía.

Alma invisible en perfecta concordia con el cuerpo visible.

Luz de alma visible por perfección de entrega en gracia
que armoniza en perfecta trama
con el "cuerpo" invisible de la eterna forma.

A tal perfección de vida eterna llega el Hijo
encarnado en el vientre de la virgen Madre.

Para llegar al Cuerpo glorioso
no recurre sino al cuerpo natural.
Para resucitar no recurre, sino, al poder
virtuoso del Padre, el mismo que sostiene
al universo con su gracia.

El mismo que da la flor, la luz, el día, el pan,
el canto o el perdón amoroso de permanecer en Él.

CLXIV

Alabad al misterio del Hijo encarnado.

Por lo eterno resucitado
Jesús se ausenta hacia lo inalcanzable.

Inalcanzable su Alma, manifestada ya
en su poder omnímodo de Cielo.

Inalcanzable su Cuerpo perfeccionado
en criatura que puede acercarse o alejarse
del Creador, sin faltar a la comunión
perpetua con el Padre, sin dejar de estar unido a Él.

Desde lo inalcanzable, Jesús llama a "su" criatura,
hermanada y prohijada en lo celestial.

Desde lo inalcanzable, Jesús pide
a lo criatural anunciar lo nuevo
que Dios ha hecho en toda la Creación,
y por ser inalcanzable, pone a Dios
como medio, herramienta y fin
de conseguir tal premio glorioso.

Desde lo inalcanzable Jesús busca a su criatura
para ser encontrado más allá de todo hallazgo
extraordinario,
ofrece lo excelente de lo excelso,
imposible e inalcanzable sin Jesús,
quien pone principio a toda gracia nueva.

Ya no pide Jesús conseguir solo lo alto,
lo bueno, lo sabio, sino y más, lo inalcanzable de lo alto,
lo inconcebido de lo bueno, lo increíble de lo sabio.

Y manda: "creed", no solo en cuanto beneficio de la fe,
sino, "creed", hasta en lo perfectísimo increíble.

Alcanzar cuanto imposible contenga
lo infinito de la gracia.

Alcanzar cuanto indecible exprese
el portentoso saber de la luz en Dios.

Alcanzar cuanto infinito ame
el amor de Dios, desde la pura criatura
hasta querer llegar al seno mismo del Creador,
en comunión con la luz eterna.

CLXV

Alabad al misterio del Hijo encarnado.

Él está presente en la enseñanza beatífica del Reino celeste,
en comunión con el Alma celeste,
se da en luz de Espíritu Santo.

Ya conseguido el grado de gracia
donde el cuerpo criatural está en comunión
con el "cuerpo" sobrenatural,
emprendido el camino hacia lo eterno,
solo resta llegar al punto de unión con el Espíritu Universal.
Cuando el Hijo hubo terminado su obra en la gracia
en pro de dar el "don" (perdón),
es dable que lo criatural sea "uno" con el Creador-Espíritu.

Cuando las criaturas hermanadas con el Hijo
y su misión, y prohijadas
en la conquista de la herencia del cielo,
constituyan unidad de ECCLESIA,
y cuerpo incorporado a lo "místico",
allí,
es recibido el don de plenitud de gracia,
y la verdadera adoración, de los verdaderos adoradores
que adoran al Padre
por el juego de la gracia en el Espíritu Santo.

Cada "una" criatura, siendo verdad
del "cuerpo místico" de Cristo, es verdad de perfección,
sencilla en unidad de acción, humilde en síntesis de ser.

Siendo "una" se in-corpora a la "unidad" de ECCLESIA,
de la que no se aparta, sin perder
la vida de la unidad del Espíritu.

El Hijo encarnado, es "cuerpo" eterno,
que eterniza y bendice todo cuerpo,
individuo, comunicado y partícipe de la unidad "universo".

CLXVI

Alabad al misterio del Hijo encarnado.

Punto corpóreo, certeza y verdad,
continuidad de la gracia en el goce de la gloria sempiterna.

La obra salvífica y redencional de Cristo,
a partir de su "encarnación",
hace cierto el ejercicio supremo del Hacedor,
que realiza y alimenta a su Creación
en la continuidad sin fin de lo criatural.

Aparece Cristo en el tiempo. Tal instante determina
la ilación de lo temporal en el acto de la gracia,
que acciona desde lo eterno
y hace perenne cuanto "inspira".

Cierto y verdadero el "antes" y el "después",
en la promesa antigua, en la redención presente
y en la bienaventuranza por venir.

Dada la "Inocencia" criatural de Cristo
y su divinidad, se encarna
en el vientre virginal e "inocente" de María.

El Espíritu respeta al tiempo de la criatura.
Antes la Genitrix. Después el Verbo generado.

Bendita recepción criatural a Aquel que bendice a lo eterno.

Dada la "resurrección" de Cristo, inocente inmolado en cruz,
para redimir al alma creada, Él, por propio poder
penetra los Cielos, hasta sentarse
a la derecha del trono de Dios Padre.

Luego llama a su Madre, medida y genitrix
de la encarnación.

La eternidad ya conquistada aprecia y aguarda
al tiempo redencional de la criatura.

Antes el Hijo resucitado.
después la Madre, inmaculada desde su concepción,
y "redimida" ya, por la sombra del Espíritu Santo,
como un "vaso espiritual" donde el Hijo encarna.

Ella, lo criatural que recibe al Hijo en la gracia.
Ella despide al Hijo en la virtud y en la gloria superna.

Él, lo divino (el resucitado) se despide de su Madre
camino al trono conquistado.
Recibe a su Madre desde su gloria.
La espera para constituirla arca, vaso, torre,
puerta, sapiencia, alegría, rosa, casa de oro,
estrella, salud, refugio, consuelo, auxilio
y paz de las almas que hacen multitud ante la gloria de Dios.

CLXVII

Alabad al misterio del Hijo encarnado.

La Madre, del Hijo, elegida de Dios,
ASTRO que guía hacia la manuficiencia de Dios
y hacia el alimento de su misericordia.

Ella, siendo criatura comparte lo criatural
en su vida criatural.
Pero, por elección divina, convive lo sagrado
y no participa de lo criatural, sino sometiéndolo
a la limpia mirada hacia el Señor.

Es criatura, y a la vez es "astro"
que alumbra delante del Señor, desde la gracia del Señor.
Representa a la criatura, elegida en lo más alto de lo creado.

Ella recibe una plenitud de la gracia,
divinizada en la dignidad de recibir a Dios
sin mediar ningún obstáculo.
El Señor en su santa cortesía pareciera consultarla a ella,
al anunciarle por el Arcángel la encarnación del Hijo.

Ella, siendo criatura es el "astro"
que guía lo criatural hacia el Señor.

El Señor inhabita en Ella, por Espíritu y por Cuerpo,
sin objeción alguna, y a través de ella manifiesta
su espléndida manuficiencia, dando a su propio Hijo
para redimir a lo criatural.

Ella lo hace propio al don de Dios,
para entregarse enteramente a Dios.
Dios ha mirado la pequeñez de su servidora,
para hacerse Él mismo pequeño en Cristo,
y rescatar a lo pequeño en des-gracia.

Ella, aún, puesta en lo alto del astro de la elección de Dios
se da como "arca" santa, y así, alimentar como Madre
a los hijos de la salvación.
Se hace portadora de la misericordia de Dios.
"Mujer, hemos visto tu ASTRO brillando en el Cielo,
y hemos hallado, contigo, al Hijo del Altísimo".

Rodolfo Daluisio

25-2-1988
13-4-1991

Tα.ω.